

ZIG-ZAG

AZABACHE

ANNA SEWELL

ILUSTRACIONES DE
ANDRÉS JULLIAN



e-book I.S.B.N.: 978-956-12-2195-6

1ª edición: enero de 2016.

Versión abreviada de

María Elena Gertner.

Gerente editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.

Editora: Camila Domínguez Ureta.

Director de arte: Juan Manuel Neira.

Diseñadora: Mirela Tomčić Petric.

© 1993 por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Inscripción N° 215.894. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de la presente versión
reservados para todos los países.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono 56 2 28107400. Fax 56 2 28107455.

www.zigzag.cl / E-mail: zigzag@zigzag.cl

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización de su editor.

Índice de contenido

Primera parte

- [1 El hogar de mi infancia](#)
- [2 La cacería](#)
- [3 Mi doma](#)
- [4 El parque de Vista Hermosa](#)
- [5 Jengibre](#)
- [6 Alegría](#)
- [7 Otra conversación bajo la arboleda](#)
- [8 Muchas cosas sucedieron](#)
- [9 La tormenta](#)
- [10 Jaime](#)
- [11 El incendio](#)
- [12 Carlitos](#)
- [13 En busca del médico](#)
- [14 Carlitos comienza a crecer](#)
- [15 La partida](#)

Segunda parte

- [1 La casa del Conde](#)
- [2 La batalla de Jengibre](#)
- [3 La señorita Sara](#)
- [4 Ernesto O'Hara](#)
- [5 Cuesta abajo](#)

- [6 Caballo de alquiler](#)
- [7 Otras desgracias](#)
- [8 El ladrón](#)
- [9 El fanfarrón](#)

Tercera parte

- [1 La feria de caballos](#)
- [2 El coche de alquiler](#)
- [3 Caballo de guerra](#)
- [4 Reginaldo Smith](#)
- [5 El coche para los domingos](#)
- [6 Un corazón de oro](#)
- [7 Un gran señor](#)
- [8 ¡Adiós, Jengibre!](#)
- [9 El carnicero](#)
- [10 Las elecciones](#)
- [11 El sucesor de Capitán](#)
- [12 El Año Nuevo](#)

Cuarta parte

- [1 Una señora](#)
- [2 Otros tiempos duros](#)
- [3 El señor Green y su nieto Tomás](#)
- [4 Mi último hogar](#)

Anna Sewell y Azabache

PRIMERA PARTE

1 El hogar de mi infancia

Lo primero que aparece en mis recuerdos es una laguna de aguas transparentes, cercada por árboles y por lirios intensamente azules, en medio de una pradera. Al otro lado del cerco el terreno estaba labrado y se divisaba un portón que llevaba hasta la casa del amo.

En ese periodo el único deber de mi madre era amamantarme. Yo corría libremente a su lado durante el día y en la noche dormía encogido, apegado a ella. Más tarde, cuando pude comer pasto, mi madre volvió a trabajar y regresaba al anochecer.

En la pradera había otros potros, mayores que yo, y me encantaba galopar con ellos, aunque solían patear y morder. En una oportunidad, mi madre observó esto y me llamó.

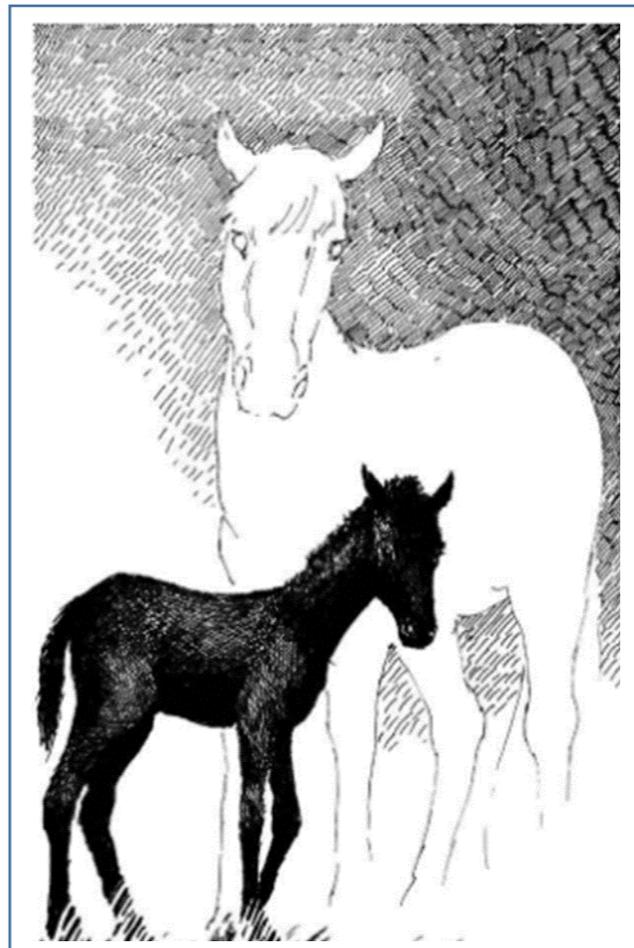
—Esos potros no son malos compañeros —me dijo—, sin embargo no conocen las buenas maneras. Esto no tiene demasiada importancia para ellos, ya que su único destino será el tiro de carros. Pero tu caso es distinto. Tu padre y tu abuelo eran caballos famosos, que ganaron copas de oro en competencias importantísimas, y tu abuela tenía un carácter suave y modales excelentes. En cuanto a mí, jamás me has visto dar una coz o morder a alguien. Debes hacer honor a tu raza y no seguir ejemplos de violencia y descortesía.

Yo no olvidé los consejos de *Duquesa*, mi madre, a la que el amo le decía “*Chiquita*” y consideraba muy inteligente.

El amo era un caballero lleno de bondad, que además de alimentarnos bien y darnos un espléndido alojamiento, nos hablaba con igual ternura que a sus hijos. Al verlo aparecer, mi

madre iba a su encuentro relinchando de alegría y el amo le hacía cariño.

—¿Cómo están mi *Chiquita* y su *Negrito*? —preguntaba. Me llamaba *Negrito* por mi pelaje retinto, y siempre nos traía un pan y una zanahoria. Eramos sus regalones, y *Chiquita* estaba encargada de llevarlo al pueblo en el tilburi.



Para recoger moras, solía llegar a la pradera un tal Guillermo, que trabajaba en la granja. Era un muchacho rudo y cruel, que solo por divertirse perseguía a los potros con palos y piedras. Una tarde en que se dedicaba a esta entretención, fue sorprendido por nuestro amo, quien le propinó una fuerte bofetada.

—¡Cómo te atreves a torturar a los animales, canalla! —lo increpó—. ¡Cobra tu salario y lárgate inmediatamente de aquí!

Guillermo se alejó corriendo y no supimos más de él. En cambio, Daniel, el mozo encargado de cuidar a los caballos, era tan bueno como el amo. Nada nos faltaba.

2 La cacería

Un día de primavera, antes que yo cumpliera dos años, vi algo que no podré olvidar.

Estábamos en una pequeña hondonada, mientras una leve neblina se extendía por la pradera envolviendo los árboles. De pronto oímos un ruido prolongado, semejante a un ladrido de perro.

—Son los galgos —anunció el mayor de los potros, y partió al galope, seguido por todos nosotros, hacia la colina donde ya estaban instalados mi madre y un caballo viejo.

—Siguen el rastro de una liebre —dijo mi madre, y enseguida vimos aparecer a la jauría, atada por una correa, precipitándose como si volara por sobre los trigales; sin ladrar ni aullar, emitiendo solo aquel sonido prolongado que ninguna garganta podría imitar.

Pisando los talones de los perros, venían los hombres a caballo, vestidos con chaquetas verdes. Súbitamente se hizo un silencio y todos se detuvieron. Los perros, desatados, se dispersaron olfateando el terreno.

—Han perdido el rastro —afirmó el caballo viejo—. Ahora es posible que la liebre escape.

Pero al cabo de unos minutos escuchamos otra vez el sonido inconfundible. Perros, caballos y jinetes regresaron en carrera vertiginosa hacia nuestra pradera, en dirección al lugar donde la laguna se volvía más profunda. Un segundo después, la liebre cruzó como un relámpago rumbo al bosquecillo de pinos. Ya era tarde, sin embargo. Los galgos lanzaban ladridos atronadores, y luego se oyó una detonación y un solo chillido desesperado anunciando el fin. Uno de los hombres cogió al pequeño animal por una pata y lo levantó. Pese a no ser más que un guiñapo ensangrentado, los cazadores demostraron una satisfacción enorme, como si se tratara de un valioso trofeo.

Casi al mismo tiempo, en la laguna había sucedido un accidente horrible. Vi un caballo debatiéndose en medio del agua, y otro que yacía en el borde, gimiendo dolorosamente. Entretanto, uno de los jinetes, cubierto de barro, alcanzó con dificultad la orilla, mientras el compañero, que permanecía junto a su cabalgadura, de espaldas en la hierba, no hacía el menor movimiento.

—Se ha desnucado —sentenció mi madre.

—Y se lo merece —aseguró uno de los potros.

—No digan eso —dijo ella—. Yo no justifico esta clase de deportes en que los hombres se hacen daño, destruyen cercos y sembrados e inutilizan a sus cabalgaduras por cazar a otro animal indefenso. Pero nosotros somos caballos y hay muchas cosas que no entendemos.

Varios cazadores corrieron hasta el jinete que continuaba en el suelo. El primero en llegar fue nuestro amo, quien lo alzó suavemente. La cabeza del hombre cayó hacia atrás y sus brazos quedaron colgando. Entonces todos los ruidos se apagaron de golpe y hasta los perros guardaron silencio.

Más tarde, cuando partieron a buscar al médico y al veterinario, supe que el infortunado cazador se llamaba Jorge Gordon, y era un joven del que su familia estaba orgullosa, hijo de nuestro vecino el señor Gordon.

Después que el veterinario examinó al caballo de Gordon, e hizo un gesto de impotencia, vino un criado con una pistola. Enseguida se oyó un disparo; el caballo quedó inmóvil, mirando al vacío.

Creo que pasaron dos días hasta que oímos el tañido triste de las campanas de la iglesia y vimos pasar un carruaje enlutado, arrastrado por seis corceles negros. Iban a dejar al cementerio a Jorge Gordon, el joven cazador que jamás volvería a galopar en su brioso caballo. ¡Todo había ocurrido por cazar una pequeña liebre!

3 Mi doma

Con mi pelaje suave, negro y brillante como azabache, el lunar blanco junto a la cruz y la pequeña estrella que lucía sobre mi frente, yo me iba transformando en un potro muy hermoso.

Mi amo se sentía orgulloso de mí.

El señor Gordon vino a verme cuando cumplí cuatro años. Después de examinarme detenidamente, me hizo trotar y galopar.

–Es importante domarlo bien –opinó–. Será un animal bellissimo.

–Lo domaré yo mismo –dijo mi amo–. No permitiré que lo lastimen o adquiera malos hábitos.

Al día siguiente inició su tarea.

Domar un caballo no es empresa simple. Hay que enseñarle a llevar una brida, una silla, y un jinete sobre el lomo, al que hay que obedecer sin alborotarse; hay que acostumbrarlo a soportar un freno, y más adelante a usar “collera” y “baticola”, varios otros implementos que se requieren en diversas circunstancias. También hay que adiestrar al caballo a arrastrar coches y carruajes a gran velocidad o con elegante lentitud. Igualmente es importante que el caballo no muerda ni dé coces, ni se asuste por cosa alguna.

No tuve problemas para usar el correa que ciñe y sujeta la cabeza, ni para ser guiado por senderos y caminos. Sin embargo, ignoraba lo que es llevar una brida y un freno. Resultó ser algo muy malo. Un grueso trozo de acero, duro y frío, metido entre los dientes, encima de la lengua, con dos correas unidas a sus extremos, y otras que cruzan por sobre la cabeza y por debajo de la garganta, amarrando, impidiendo cualquier movimiento libre y espontáneo. Pero mi amo, con cariño, entre puñados de avena y palabras afectuosas, me enseñó a soportar la brida y el freno.

Llevar la silla no fue difícil, en cambio las herraduras me parecieron muy desagradables. Pero me habitué a ello, y, más tarde, mi aprendizaje para “el tiro”, o sea para llevar coches y carruajes, me obligó a usar accesorios no fáciles de tolerar.

Durante la doma, mi amo me envió por dos semanas a la granja de un amigo. Allí había una pradera con una empalizada junto a la que pasaba una línea de ferrocarril. Jamás podré olvidar el

primer tren que vi. Me hallaba pastando en ese preciso lugar, cuando escuché un ruido extrañísimo y, antes que alcanzara a imaginar de qué se trataba, el ruido creció en forma ensordecedora. De pronto pasó ante mi vista casi volando un monstruo larguísimo, echando enormes bocanadas de humo. Luego desapareció. Recuerdo que eché a correr con todas mis fuerzas, y solo cuando logré alejarme hasta el otro extremo del prado, me detuve casi sin respiración, ahogado de espanto.

Sin embargo, en el transcurso del día, varios trenes pasaron hacia la estación próxima. Asombrado, comprobé que las vacas ni siquiera levantaban la cabeza ante la cercanía de aquel peligro, y seguían pastando imperturbables. Pasado algún tiempo, me convencí de que el monstruo nunca atravesaría nuestra empalizada y fui dejando a un lado el miedo.

A menudo, mi amo nos enganchaba en pareja a mi madre y a mí. Consideraba que ella podía enseñarme mejor que ningún otro caballo. Mi madre decía que así como hay hombres bondadosos y sabios, como nuestro amo, hay otros crueles e ignorantes, y me deseaba que cayera en buenas manos. No obstante, me insistía en que me portara siempre lo mejor posible, ya que de ello dependería mucho el trato que podría recibir.

4 El parque de Vista Hermosa

Cuando ya ocupaba una caballeriza, y me aseaban y cepillaban diariamente hasta que mi negro pelaje relucía, vinieron a buscarme de casa del señor Gordon, quien era mi nuevo dueño.

—Adiós, *Negrito* —me dijo el antiguo amo, y yo acerqué mi hocico a su mano, a modo de despedida.

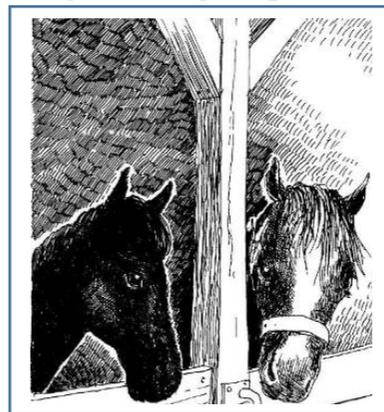
El parque del señor Gordon quedaba muy próximo a un pueblo conocido como Vista Hermosa. Lo aislaba una alta reja y un portón de hierro. Después de entrar, uno avanzaba entre árboles frondosos por un suave y cuidado sendero al fondo del cual quedaba la casa del cuidador. Más allá se alzaba la gran casa de los Gordon, rodeada de amplios jardines, y detrás de estos la arboleda de frutales, las cocheras y las caballerizas.

El mozo me dejó en una cuadra limpia y ventilada; un lugar muy agradable, con paredes bajas que me permitían ver las cuadras vecinas. En la cuadra contigua había un caballito gris, muy gordo, de cabeza pequeña y ojos muy vivos. Yo lo saludé:

—¿Cómo está, amigo? ¿Cómo se llama?

—*Alegría* —contestó él—. Soy el que lleva a las niñas Margarita y Ana, cuando quieren montar, y también conduzco a mi señora en su coche. Todos me quieren porque soy muy bonito y manso.

En ese momento asomó su cabeza una yegua color castaño, muy alta, de hermoso cuello largo, con una estrella en la frente, cuya mirada presagiaba mal genio.



—¡Conque usted es el que me desalojó de mi cuadra! —exclamó, observándome fijamente—. ¡Es increíble que un potrillo me eche de mi habitación!

—Yo no he echado a nadie —rebatí—. Simplemente me trajeron a este lugar. Además no soy un potrillo. Ya cumplí cuatro años.

Cuando la ofendida se marchó, *Alegría* me contó que *Jengibre*, que era el nombre de la yegua, estaba habituada a patear y morder, y que las niñas Margarita y Ana le tenían miedo. No querían venir a las caballerizas.

—Yo tengo doce años —me confió *Alegría*—, y le aseguro que no hay otro sitio donde traten mejor que aquí a los caballos.

El cochero de la casa era Juan, quien al día siguiente me bañó y escobilló con mucho esmero. Después, el señor Gordon me hizo una visita y se mostró entusiasmado.

—Saque al caballo, Juan, y vaya por la carretera hasta los pinares. Me interesa que pruebe su paso —ordenó.

Juan me colocó cuidadosamente el correaje y una silla de montar liviana, evitando que yo sintiese la menor molestia. Enseguida me hizo ir calmadamente, más adelante sostener un trotecillo, y luego un moderado galope. Finalmente, me autorizó, rozándome apenas con la fusta, a galopar de verdad.

Al regreso hallamos al señor y a la señora Gordon en el parque.

—¿Qué tal? —preguntó mi actual dueño.

—Es alegre, dócil y ligero, y no se espanta de nada —informó Juan—. Se nota que nunca ha sufrido sustos ni malos tratos.

Al día siguiente salí con mi nuevo amo, que era un gran jinete, y, siguiendo los consejos de mi madre, me esmeré por complacerlo en todo. Cuando volvimos de nuestro paseo, la señora Gordon vino a recibirnos.

—¿Es cierto lo que dijo Juan? —averiguó.

—Muy cierto. Es un caballo excelente —afirmó mi amo con entusiasmo—. Me gustaría llamarlo *Azabache*.

—Sí, es un nombre muy apropiado para él.

Desde entonces me llamé *Azabache*.

Juan me tomó mucho cariño y yo le correspondía. Jamás lo vi irritarse con nosotros; daba la sensación de que sabía todo lo que piensa y siente un caballo. Al cepillarme la cabeza, cuidaba mis ojos como si le pertenecieran. Por su parte, Jaime, el mozo de cuadras, era igualmente afectuoso y bueno, y yo no tenía motivos para no estar contento.

Al cabo de cierto tiempo, nos engancharon en un carruaje formando pareja con *Jengibre*. Me era muy fácil trotar con ella, ya que nuestro paso era muy similar y llevábamos el mismo compás. Esto ayudó a que nos hiciéramos amigos y aumentó el agrado de hallarme en esa casa. Con *Alegría* creció una amistad aun más profunda. Para él, todos los días parecían una fiesta; era un compañero inmejorable. Nadie podría no haberlo querido.

En otra caballeriza había otros dos caballos: *Justicia*, una jaca baya, que generalmente se ocupaba del carretón de los mandados, y *Oliverio*, un caballo que en otros tiempos había participado en cacerías y que ahora estaba jubilado y viejo. *Oliverio* era muy manso y se le

permitía andar suelto por el parque, lo que yo aprovechaba para hablar con él y preguntarle muchas cosas.

No pretendo quejarme, pero reconozco que para un joven como yo, habituado a la libertad de la pradera, a veces era duro permanecer encerrado en una cuadra. Por eso, los domingos, día en que nos soltaban en la arboleda, gozaba galopando por sobre aquella tierra suave, acostándome y revolcándome en la mullida hierba, y respirando el aire puro y perfumado por los árboles frutales. Pero no todo era un juego. También, en aquellas ocasiones, los caballos solíamos reunirnos junto al gigantesco nogal, y, protegidos por su sombra, conversábamos seriamente.

5 Jengibre

Fue justamente bajo la sombra de ese nogal, donde *Jengibre* se interesó por saber todo lo relacionado con mi vida anterior, y yo se lo conté.

—Yo no soy menos que tú en lo que se refiere a mi nacimiento —me confió después de oírme—, y también podría haber tenido buen carácter, pero jamás conocí un amo bondadoso ni recibí un gesto de afecto. La forma en que me domaron fue muy diferente a la que emplearon contigo. Un día vinieron hacia mí varios hombres que me acorralaron, y mientras uno me cogió con fuerza por las crines, otro me apaleó sin piedad, y un tercero aprovechó un momento en que me sentí desfallecer para ponerme la cabezada y el freno. Tú sabes que, aun siendo tratado con bondad,

esto es algo difícil de soportar, así es que imaginarás cómo será cuando se usa la violencia — Durante unos momentos guardó silencio, y luego volvió a su relato—: El señor Morgan, mi amo, era bueno, pero aparecía solo de tarde en tarde, y yo quedaba en las duras manos de su hijo, un hombre cruel, al que por su alta y fornida figura llamaban Montaña. Un día este hombre me dio un tirón muy fuerte con las riendas, lo que me produjo un dolor espantoso, y me encabrité. Entonces, en un verdadero ataque de ira, él me castigó con el látigo y las espuelas, y fue ése el instante en que brotó como un torrente mi rebeldía, entablándose una feroz batalla entre ambos. Ya no me importaba el dolor causado por el freno, ni las heridas que me dejaban el látigo y las espuelas. Mi único objetivo era conseguir lanzarlo fuera de la silla, y haciendo un esfuerzo tremendo, lo vi saltar hacia atrás y caer de espaldas. Montaña se incorporó con dificultad y se alejó dirigiéndome una mirada de odio. Después de esto, permanecí dos horas bajo un roble, sin que nadie viniera a despojarme del freno, de la montura ni de los correajes. Tenía un calor abrasador, en tanto que las moscas zumbaban en torno a mi cabeza y se paraban sobre mis heridas. Me urgía descansar y la sed me atormentaba. Recién al anochecer vi acercarse a mi amo, quien se indignó al ver el estado en que me hallaba. Me llevó a la cuadra, él mismo me quitó la montura y me lavó las heridas suavemente. Cuando su hijo apareció, lo escuché decir:

—Jamás un hombre de mal carácter conseguirá tener un caballo manso.

Jengibre prosiguió su relato el domingo siguiente:

—Un tratante de caballos, más adelante, me compró y me vendió a un caballero de la nobleza. Así llegué a Londres, donde las cosas no mejoraron. Mi nuevo amo no entendía de caballos y se guiaba por la opinión de su cochero. Lo primero que este hizo fue ponerme el “engallador”, o sea la correa que me obligaba a levantar la cabeza, lo más tirante posible, de tal modo que no podía moverla, y los dolores en el pescuezo y las llagas en el hocico me hacían respirar irregularmente.

Me volví por momentos más intratable, y pateaba en cuanto se acercaban a ponerme los arneses. El resultado fue que me llevaron al mercado de caballos y nuevamente cambié de dueño. Pasé de unas manos a otras, descubriendo distintas formas de crueldad, hasta que llegué aquí, donde reconozco que me tratan muy bien.

Ahora yo sentía afecto y lástima por mi compañera. Pero afortunadamente ella se iba volviendo cada día más alegre y más mansa. Tanto, que Jaime comentó:

–Parece que *Jengibre* me está tomando cariño.

–¡Claro que sí! –le contestó Juan–. Se debe a las “píldoras” de Vista Hermosa.

Según Juan, estas píldoras eran una medicina infalible para sanar al animal más lleno de mañas y resentimiento. Sus ingredientes eran bondad, firmeza, paciencia y cariño, disueltos en una cantidad equivalente de sentido común. Era indispensable darle estas “píldoras” al caballo todos los días.

6 Alegría

Había un señor Durrell que tenía varios hijos e hijas que solían visitar a las niñas Margarita y Ana. Dos de los muchachos eran mayores, pero todos se divertían montando a *Alegría* y paseando por la arboleda.

Un atardecer, después de una de estas prolongadas visitas de los Durrell, mientras Jaime le quitaba la montura y las bridas a *Alegría*, escuché que le decía en un tono entre broma y reproche:

–No eres tan bueno ni tan manso como aparentas. ¡Eres un pícaro!

Apenas quedamos solos, averigüé qué había pasado. *Alegría* contó que los muchachos mayores habían montado en él, uno después de otro, y galopando por la arboleda por más de una hora cada uno. Como fusta usaban una varilla de avellano y no cesaban de golpearlo. Después de detenerse tres veces, a modo de aviso, *Alegría* decidió dar una lección al que montaba, y sorpresivamente se encabritó, haciendo que el muchacho cayera. Como este insistió en volver a montar, repitió la maniobra. Entonces fue el otro chiquillo el que montó, y en cuanto lo golpeó con la varilla, *Alegría* dio un respingo, lanzándolo de espaldas al suelo. Cuando lo llevaron donde Jaime, y este supo lo ocurrido, se molestó mucho, y señalando las varillas de mimbre, les dijo:

–¡Es posible que esas varillas sean útiles a los que conducen carretas tiradas por bueyes, pero no a jóvenes bien educados!

7 Otra conversación bajo la arboleda

Jengibre y yo éramos de la raza de los caballos de carrera, aptos para ser ensillados o para conducir un coche. Mi amo solía decir que no le simpatizaban ni los seres humanos ni los

caballos que solo están capacitados para desempeñar un solo oficio, y todos nos poníamos muy contentos cuando la familia decidía salir a cabalgar.

Yo llevaba a la señora, que pesaba poco y tenía una mano muy delicada para manejar las riendas; el amo montaba sobre *Jengibre*, y las niñas Margarita y Ana cabalgaban en *Oliverio* y *Alegría*.

Siempre me había intrigado que *Oliverio* tuviera la cola de no más de veinte centímetros de largo. Así es que en uno de estos paseos, mientras descansábamos, le pregunté si ello se debía a un accidente.

—¡No, no he sufrido ningún accidente! —resopló el viejo caballo—. La causa de esto es solo un repugnante acto de crueldad. Cuando yo era joven me amputaron mi hermosa cola, y además del dolor horrible que debí resistir, me condenaron para siempre a no poder espantar las moscas que me atormentan.

—¿Y por qué hicieron eso? —pregunté.

—Simplemente por seguir la moda —contestó con desprecio y rabia—. Estaba de moda cortarles la cola a los caballos finos.

—La moda también es la que inventó los “engalladores” que nos rompen el cuello —alegó *Jengibre*.

—Y la que obliga a cortarles las orejas a ciertos perritos, que pierden una protección para sus oídos —continuó *Oliverio*—. ¿Con qué derecho el hombre atormenta y desfigura a los animales, que también han sido creados por Dios?

—¡De puro estúpido! —exclamó *Jengibre*.

—¿Y las anteojeras? —pregunté—. ¿Para qué sirven?

—Las anteojeras son un peligro —aseguró *Oliverio*—, sobre todo de noche. En la oscuridad el caballo tiene una vista muy superior al ser humano. Se habrían evitado innumerables accidentes si nos dejaran usar los ojos por completo.

—Ya que el hombre siempre trata de mejorar lo que ha hecho la naturaleza, debería lograr que los caballos nacióramos con un solo ojo en medio de la frente —sostuvo *Jengibre*.

Esta conversación podría haberse alargado demasiado si no hubiéramos mirado hacia el suelo. Se hallaba cubierto de jugosas y rojas manzanas.

8 Muchas cosas sucedieron

El tiempo pasaba y yo me sentía cada día mejor en Vista Hermosa. Los señores Gordon eran queridos y respetados, y famosos por su sentido humanitario. Toda criatura maltratada tenía un amigo en ellos y los criados imitaban su proceder. Entre otras cosas buenas, se contaba que mi amo había luchado por más de dos décadas por desterrar el uso del insufrible “engallador”, y lo estaba logrando.

Una vez, al regresar a casa, nos tropezamos con un individuo grande y corpulento, que conducía un coche tirado por un caballito de patas delgadas, hermoso y fino. Al enfrentar la entrada del parque, el caballito se encaminó directamente hacia esta, sufriendo un tirón de riendas tan horrible que casi lo obligó a sentarse. Con dificultad se irguió y siguió adelante, pero el

hombre comenzó a descargarle furiosos latigazos en la cabeza. Ante semejante espectáculo, la voz de mi amo se elevó como un trueno:

—¡Morton, suelte ese látigo! —gritó—. ¿O piensa que su caballo no es de carne y hueso?

Morton obedeció al instante. Era un albañil que solía hacer trabajos en la casa.

—Es que este animal es muy porfiado —se disculpó—. No tenía por qué tomar la dirección de su parque.

—Lo que usted llama porfia no es más que una demostración de su memoria e inteligencia —replicó mi amo—. Ultimamente han venido con frecuencia a mi casa y no podía adivinar que hoy debía conducirlo a otro sitio.

El señor Gordon no era más blando con los que ocupaban su misma posición social. Así, en otra oportunidad, en que nos encontramos con su amigo el Capitán Parker, lo vi actuar con igual firmeza.

Parker viajaba en un carruaje grande, conducido por dos hermosos caballos grises, y le preguntó a mi amo qué opinión le merecían sus caballos.

—Magníficos —contestó el señor Gordon—. Lo triste es que usted se obstine en ponerles “engallador”.

—Me gusta que vayan con la cabeza bien erguida —replicó el Capitán.

—¿Te gustaría ver a los soldados de tu regimiento levantando la cabeza por obra de un correa que les tira el cuello hacia atrás? —preguntó mi amo—. ¿Qué harían en una carga de bayoneta, en que necesitan emplear todos sus músculos y todas sus fuerzas, oprimidos y rígidos por un “engallador”? Los caballos, igual que los seres humanos, Capitán Parker, necesitan libertad de movimiento para cumplir su trabajo.

9 La tormenta

A final de otoño mi amo tuvo que hacer un viaje de negocios. Partió, acompañado de Juan, llevándome enganchado en un coche de dos asientos. Yo me sentí contento porque ese coche era muy liviano y podía arrastrarlo con suma facilidad.

En el pueblo, donde mi amo debía realizar varias diligencias, tuve bastante tiempo para descansar, ya que emprendimos el regreso casi al anochecer.

El viento arreciaba y las ramas de los árboles se doblaban como frágiles mimbres.

—Creo que este lugar se está volviendo peligroso —murmuró Juan—. Como una respuesta afirmativa, se oyó entonces un ruido feroz que brotaba desde el fondo de la tierra, estremeciéndonos, y un inmenso roble, arrancado de raíz, cayó en medio del camino. Temblé de miedo, pero traté de no perder la calma.

—Es imposible pasar por encima del árbol —anunció Juan—. Tenemos que devolvemos y cruzar por el puente.

Rápidamente giramos en dirección opuesta. Pero tuvimos que caminar casi diez kilómetros, así es que llegamos al puente cuando ya era totalmente de noche y el agua lo cubría por entero. Sin embargo, era usual que los ríos se desbordaran en las crecidas, y ni mi amo ni Juan le dieron importancia. Yo, en cambio, apenas pisé los primeros tablones, tuve la sensación de que sucedía algo fuera de lo común y me negué a avanzar. Mi amo me tocó apenas con el látigo.

—Vamos, *Azabache*, camina —ordenó.

Yo no obedecí. Entonces él me dio un latigazo más fuerte. Como no me moviera, Juan saltó del coche y trató de hacerme andar llevándome por las bridas. Fue inútil. Yo estaba seguro de que el puente se hundiría.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó una voz. Entonces vimos al encargado del peaje, en el extremo opuesto, haciendo señas con una antorcha—: ¡El puente se cortó en el medio! ¡Retrocedan! ¡Retrocedan o caerán al río!

Al llegar a Vista Hermosa, salió la señora a recibirnos al parque.

—He sentido mucho miedo —susurró—. Creí que habían tenido un accidente...

—*Azabache* lo evitó —dijo mi amo—. Si no hubiera sido por su instinto, más poderoso que la razón, ya no estaríamos con vida.

10 Jaime

Un frío día de diciembre, nuestro amo se aproximó a las caballerizas con aire muy serio. Jaime traía mi avena en ese instante y Juan se quitó la gorra, esperando órdenes.

—Escúchame, Juan —dijo el señor Gordon—: ¿tienes algún reclamo en contra de Jaime?

—¡Ni el menor! Es un joven honrado, trabajador, respetuoso.

—¿Y cuando sale a pasear a los caballos, no te has enterado de que los abandone y vaya a visitar a alguien?

—¡Jamás, señor! Y si me lo contaran no lo creería.

—¡Excelente! —afirmó el amo, recuperando su sonrisa—. Me alegro de que nuestras opiniones coincidan. Y ahora, óyeme tú, Jaime: mi cuñado, el señor Redgrave, necesita un cochero. Recibirás un muy buen sueldo, además de los trajes correspondientes, y tendrás un sitio más que decente donde alojar. Es una gran persona mi cuñado. Te gustará trabajar para él.

Una semana después se tomó la decisión de que Jaime fuera a servir como cochero en casa del señor Redgrave. Disponía de un mes para adquirir la práctica necesaria en la conducción de toda clase de carruajes.

Con este fin, los amos decretaron dar largos paseos diariamente, con Jaime en el pescante, conduciéndonos a *Jengibre* y a mí. A menudo fuimos a la estación a esperar la llegada de los trenes, cuando se producían grandes aglomeraciones. En aquellas circunstancias, caballos y cochero debían mantener sus ojos muy abiertos.

Más adelante, el amo decretó hacer una visita a una familia que habitaba a una distancia de más de treinta kilómetros. Recuerdo que Jaime nos condujo tan cuidadosamente que no sentíamos cansancio, y cuando el sol principiaba a ocultarse, entramos en el pueblo donde alojaríamos.

Nos detuvimos en la posada, frente a la plaza del mercado, y luego de dejar a los amos en la puerta principal, pasamos al patio donde se hallaban las caballerizas y las cocheras. Dos mozos acudieron a desengancharnos. El mayor era un hombre ya entrado en años, de expresión agradable, vestido con una chaqueta a rayas amarillas. A pesar de que arrastraba un poco una pierna, era ágil, y me limpió con la mayor destreza. Jaime reconoció su enorme eficiencia.

–Todo es cuestión de práctica –sonrió el viejo–. Sería vergonzoso que no supiera hacer mi trabajo después de cuarenta años viviendo entre caballos. En mi juventud fui jockey, pero mi *Saturno* resbaló una vez y cayó aplastándome esta pierna. Quedé imposibilitado para la profesión, pero no habría podido vivir lejos de los caballos, así es que me conformé con ser mozo de cuadra. Me hace feliz ver a un animal tan bien tratado como este –añadió–. El carácter de un caballo, igual que el de un hombre, depende de la educación que ha recibido cuando pequeño.

–Así piensa el señor Gordon, mi patrón.

–¿El de Vista Hermosa? ¡Ah, sí, he escuchado decir que es gran jinete y entendido en caballos! –exclamó nuestro amigo–. Por los diarios me informé del accidente que le costó la vida a su hijo.

–Sí, fue una gran desgracia –asintió Jaime–. También murió un hermoso caballo –y acariciándome la cabeza, añadió–: hermano de este, y tan parecido a él como dos gotas de agua.

Súbitamente recordé al hermoso caballo negro que tuvieron que sacrificar junto a la laguna.

–Muy triste –comentó el viejo–. La vida de un hombre y de su caballo valen más que la cola de una liebre.

Muy tarde en la noche, entró un ayudante del viejo mozo de cuadra a limpiar el caballo de un viajero. Lo acompañaba un joven, que encendió una pipa mientras conversaban.

–Por favor, Andrés, sube al desván y echa una porción de heno en la reja de este caballo –pidió el ayudante. Pero deja aquí tu pipa.

El llamado Andrés trepó por la escalerilla y lo escuché caminar arriba. Después vino Jaime a darnos una mirada antes de irse a dormir; enseguida todos salieron. Alguien cerró la puerta de la cuadra.

Ignoro cuánto rato alcancé a dormir. Solo recuerdo que de pronto desperté sobresaltado. El aire estaba sofocante, espeso. Escuché a *Jengibre* que tosía, y me pareció que los otros caballos estaban inquietos. La oscuridad era total. De pronto comprendí que la cuadra estaba invadida por el humo que venía del desván. Empecé a sentir que me ahogaba.

De repente entró un hombre y principió a soltarnos. Los caballos se negaban a salir. Entonces miré hacia arriba y vi todo envuelto en llamas. Afuera, una voz desesperada gritó:

–¡Fuego! ¡Fuego...!

Estábamos aterrados. Era una situación tan extraña que nos impedía movernos.

El viejo que me había cuidado entró sin hacer aspavientos. Lo reconocí de inmediato, mientras sacaba a los caballos que se hallaban próximos a la puerta, hablándoles serenamente. Luego oí la voz de Jaime:

–Vámonos de aquí, niños, que hace mucho calor... –Me amarró su pañuelo sobre los ojos, y, acariciándome, me llevó fuera de la cuadra–. Por favor, sujeten a *Azabache*. ¡Yo voy a buscar al otro caballo! –gritó, desatándose el pañuelo–. Alguien cogió la cuerda anudada a mi cuello, en

tanto que Jaime se precipitó nuevamente en la caballeriza, de la que comenzaban a extenderse las llamas hacia el exterior.

11 El incendio

En el patio había gran agitación y desorden. Otros caballos se agrupaban allí, junto a coches y otros carruajes que eran sacados de las cocheras. Repentinamente, entre toda esa conmoción, distinguí la voz de mi amo:

—¡Jaime! ¡Jaime! ¿Dónde estás, Jaime? —No escuché respuesta, pero vi a Jaime arrastrando a *Jengibre*, al mismo tiempo que se escuchó un ruido sordo, como si algo muy pesado se desplomara—. ¡Muchacho valiente! —exclamó el amo, abrazándolo—. ¡Ven, salgamos de aquí!

Al enfrentar la plaza escuchamos un retumbar de ruedas y de herraduras de caballos.

—¡La bomba! ¡La bomba de incendios! —anunciaron—. ¡Que la gente abra paso! —Y como un bólido, irrumpieron en el patio de la posada tres caballos gigantes arrastrando la imponente máquina.

El fuego envolvía la caballeriza y subía tratando de alcanzar las estrellas que aún brillaban en el cielo enrojecido.

Yo recordé a Juan, que jamás permitía que alguien pusiera un pie en las caballerizas con una pipa o un cigarro encendido.

12 Carlitos

El resto del viaje fue sin problemas. Llegamos muy bien a la casa de los amigos de mis amos, donde permanecimos tres días.

Al regresar nos sentimos felices de estar nuevamente en nuestras caballerizas, y también Juan demostró mucha alegría al vernos de nuevo. Esa misma noche, Jaime le preguntó a Juan:

—¿Tienen ya a alguien para reemplazarme cuando yo me vaya?

—Sí, vendrá Carlitos.

—¿El hijo del jardinero? —averiguó Jaime, con tono incrédulo—. ¡Pero si es un niño! Tiene apenas catorce años y es bajito y flaco.

—El señor Gordon quiere que lo tengamos a prueba por un mes.

—Ni en un año llegará a serle útil. Lo siento por usted; se verá muy sobrecargado de trabajo.

—El trabajo y yo somos buenos amigos —respondió Juan—. Además, yo no era mayor que Carlitos cuando quedé huérfano y el amo me puso a las órdenes del viejo Miller, que era el cochero de esta casa. Yo era hijo de campesinos y Miller pudo decir que era imposible enseñar a un chico tan rústico. Sin embargo, puso todo su empeño en capacitarme para el trabajo, y ocupé su lugar cuando él murió. Comprenderás que no puedo darle la espalda a Carlitos.

El chiquillo apareció al día siguiente. Limpió la cuadra, lustró los arneses y ayudó en el lavado de los coches. Era un muchachito simpático y muy despierto. *Alegria* se sintió molesto porque lo cuidaba un niño, pero rápidamente se fue acostumbrando, hasta que llegó a confesar que Carlitos podría ser excelente mozo de cuadras.

El momento de la partida de Jaime a la casa de los Redgrave sobrevino de repente.

—En la nueva casa no conozco a nadie; solo me voy por mejorar mi situación —admitió Jaime, al borde de las lágrimas—. ¡Todos mis cariños quedan aquí!

Después que se marchó nos sentimos muy apenados. *Alegria* perdió el apetito. Sin embargo, Carlitos se esforzaba por cumplir con su trabajo, y todos los días venía sonriendo, entonando alguna melodía, hasta que logró contagiarnos su optimismo y buen humor.

13 En busca del médico

Una noche, después que Jaime se marchó, yo estaba durmiendo en mi cama de paja, cuando me despertó bruscamente el ruido de la campanilla de la caballeriza que nos comunicaba con la casa del amo. Escuché abrirse la puerta de la casita vecina y a Juan que salía corriendo. Al poco rato empujó el portón de mi cuadra.

—¡Vamos, *Azabache*! —me dijo—. Tenemos una misión que cumplir.

Rápidamente me preparó para el viaje y me llevó al trote hasta el parque. Allí estaba el amo, quien le pasó un sobre a Juan.

—Se trata de la vida de la señora —dijo con voz anhelante—. Tienen que correr más que el viento; no hay un segundo que perder. Le entregarás esa carta al doctor Silver y le darás un breve descanso a *Azabache* en la posada.

—Sí, señor.

Como una exhalación atravesamos el parque y el pueblo, hasta llegar al peaje. Sin dejar de galopar pasamos el puente y recorrimos más de tres kilómetros rozando apenas el suelo. Ni mi abuelo ni mi padre podrían haberme ganado, a pesar de sus trofeos. Al bajar una cuesta, Juan me retuvo y, haciéndome cariño, dijo:

—¡Gracias, *Azabache*, buen amigo!

Recuperé la velocidad. Era una noche hermosa, con una gran luna llena que refulgía. Al cabo de catorce kilómetros llegamos al pueblo donde vivía el doctor Silver. El reloj de la iglesia, frente a la plaza, anunciaba las tres de la madrugada, y todos los vecinos dormían cuando Juan tiró de la campanilla en la casa del médico.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz desde una ventana.

—Traigo una carta para usted, doctor —explicó Juan—. La señora Gordon está grave y el señor me ha enviado a buscarlo.

Unos minutos después, el médico estaba ya vestido en la puerta.

—Iré inmediatamente —afirmó—. Siempre que usted me preste su caballo. El mío ha corrido de un lado a otro el día entero y está agotado.

—Lléveselo, doctor —dijo Juan—. *Azabache* sacará fuerzas para seguir adelante. ¡Por favor, cuídalo mucho!

El doctor Silver pesaba más que Juan y no era un jinete tan experto, pero yo estaba dispuesto a cumplir mi misión, costara lo que costase.

No puedo decir en cuánto tiempo volví a encontrarme en el parque de Vista Hermosa, donde el señor Gordon y Carlitos nos esperaban. El chiquillo me condujo a las caballerizas, mientras el amo y el médico se dirigían a la casa.

En mi cuadra me sentí contento, aunque tiritaba y mi respiración era entrecortada y casi no podía sostenerme sobre mis patas. El sudor me empapaba y corría por todo mi cuerpo.

Carlitos me trajo un cubo de agua muy fría, que tragué ávidamente, y me dio una gran ración de heno y maíz. Después se fue a dormir. Casi de inmediato empecé a tiritar y a sentir que un frío inmenso me calaba los huesos. Me acosté sobre la paja, tratando de dormir.

Ignoro cuánto tiempo pasó hasta que se abrió la puerta y sentí que Juan se aproximaba. De inmediato comprendió lo que ocurría y me cubrió con varias mantas.

—¡Niño idiota! —exclamó furioso—. ¿Por qué no lo abrigó? ¡Y además le dio agua fría!

Me sobrevino una inflamación a los pulmones y estuve gravemente enfermo. Juan casi no se movía de mi lado; el amo venía a visitarme tres veces al día.

—¡Pobre *Azabache*! —decía—. ¡Caballito bueno, que le salvaste la vida a tu ama!

No sé exactamente el tiempo que duró mi enfermedad. El veterinario acudía a verme diariamente y una vez me subió tanto la fiebre que tuvo que sangrarme. A *Jengibre* y *Alegría* los trasladaron a otra caballeriza, porque me lastimaba el más ínfimo ruido.

Más tarde me enteré de que Carlitos andaba muy deprimido y se sentía culpable, aunque su torpeza solo había sido por ignorancia. Al respecto, Juan alegó con mucha sabiduría:

—¿No saben que la ignorancia camina al lado de la maldad? Los que creen que las cosas se arreglan con decir “no lo sabía, no lo hice con mala intención”, causan los más grandes daños.

Una mañana amanecí mejor y supe que se iniciaba mi convalecencia. Sin embargo, aunque llegué a sentir gran afecto por Carlitos, las palabras de Juan siempre retornaban a mí, a medida que fui andando por el mundo.

14 Carlitos comienza a crecer

Carlitos se esforzó en aprender rápidamente, y Juan principió a confiar en él. En una oportunidad en que Juan había salido con la señora, en un coche conducido por *Jengibre*, el amo llamó a Carlitos y le ordenó que me ensillara y fuéramos a dejar un mensaje urgente.

Cumplimos sin problemas el encargo. Pero al regresar nos encontramos con un carro cargado de ladrillos, con las ruedas traseras totalmente hundidas en el barro. El conductor, frenético, insultaba a los caballos y simultáneamente descargaba el látigo sobre ellos, con tal fuerza que parecía querer exterminarlos. Sin dudarlo, Carlitos se acercó a él, le rogó que no siguiera castigando a los animales y le ofreció ayuda para descargar el carro y sacarlo del pantano.

—¡No se meta en lo que no le importa, chiquillo atrevido! —gritó el hombre, y siguió maltratando a los caballos.

Sin reflexionar más, Carlitos me indicó volver a todo galope hacia la casa del señor Clarck, que era el dueño de la fábrica de ladrillos y tejas.

—¿Qué se te ofrece, chico? —preguntó Clarck, cuando estuvimos frente a él—. ¿Alguna orden del patrón?

—No, señor —dijo Carlitos—. Lo que pasa es que uno de sus sirvientes está azotando sin piedad a sus caballos, que no pueden salir del fango en que están atascados.

Clarck partió rápidamente hacia el lugar indicado mientras nosotros retomábamos el camino a casa.

Comenzábamos a comer, cuando el amo mandó llamar a Carlitos a su escritorio. Exigían su testimonio para mandar a prisión a un hombre acusado de maltratar a los caballos que estaban a su cargo.

Cuando Carlitos volvió a las caballerizas, tenía aire de triunfador. Después nos enteramos de que su declaración había sido decisiva para condenar a tres meses de prisión al conductor del carro con ladrillos. Sin embargo, aun más importante que este hecho fue el cambio que se produjo en el muchacho. Siguió siendo alegre y bondadoso, pero repentinamente creció. Creo que aumentó de estatura y se convirtió en un joven decidido y seguro en todo lo que realizaba. Había dejado de ser un niño.

15 La partida

Durante tres años viví muy contento en Vista Hermosa. Desgraciadamente nuestro destino iba a sufrir un cambio súbito.

Desde hacía algún tiempo, el doctor Silver venía dos veces a la semana a ver a la señora, y el amo parecía hondamente preocupado. Finalmente, nos enteramos de que la familia Gordon se marchaba de Inglaterra en busca de un clima más favorable a la salud de nuestra ama.

Junto con iniciarse los preparativos para que los Gordon abandonaran el país, que comprendían la venta de carruajes, caballos, muebles y cuadros, una atmósfera de tristeza y desaliento envolvió la casa.

Primero se fueron las niñas Margarita y Ana con su institutriz. Al despedirse de nosotros abrazaron a *Alegría*, reteniendo las lágrimas. Más tarde supimos que *Jengibre* y yo habíamos sido

vendidos al Conde de Highlance, muy amigo del amo; que *Alegría* estaba cedido al señor Enfield, con el compromiso de no venderlo jamás, y que Carlitos lo acompañaría para cuidarlo. En cuanto a Juan, tenía varias ofertas para buenos empleos, pero el solo quería trabajar domando potros.

—He querido a los caballos siempre —decía—, y si consigo educarlo bien, me sentiré realizando una labor útil. —El amo prometió ayudarlo.

Y el día de la despedida llegó inevitablemente. Ya había sido embarcado el equipaje, y *Jengibre* y yo fuimos enganchados, por última vez, al coche que se usaba para ir a la ciudad. Los criados rodearon el coche, y el amo bajó las gradas, trayendo a la señora en brazos. Después él y la doncella la acomodaron entre almohadones.

—¡Adiós! —dijo el amo, antes de cerrar la portezuela—. Nunca los olvidaré a ninguno de ustedes, y podrán contar conmigo siempre.

Juan y Carlitos saltaron al pescante, y partimos al trote rumbo a la estación, mientras los sirvientes agitaban sus pañuelos, llorando.

SEGUNDA PARTE

1 La casa del Conde

Carlitos partió llevándose a *Alegría* a casa del señor Enfield. Entretanto Juan ensilló a *Jengibre*, me colocó una rienda a mí, y nos condujo a la casa del Conde de Highlance.

Este lugar era espléndido, con grandes caballerizas y varias cocheras. Transcurrió un rato largo antes que apareciera el señor Scott, nuestro nuevo cochero. Este era un hombre de mediana edad, de aspecto severo, aunque fue muy gentil con Juan, y lo convidó a tomar un refresco.

Después de examinarnos detenidamente y no hallarnos ni el menor defecto, el señor Scott pidió que se le pusiera en antecedentes acerca de las particularidades de *Jengibre* y mías. Juan le habló detalladamente de cada uno, haciendo hincapié en nuestras cualidades. Al término de la conversación, dijo:

–Es indispensable, señor Scott, que usted sepa que jamás usamos “engallador” con estos animales. *Azabache* no lo conoce. Y el vendedor de la yegua informó que esta había sufrido graves alteraciones cuando la obligaron a usarlo.

–Lo siento, amigo –contestó Scott–, pero aquí tendrán que acostumbrarse. No por el señor, sino por la señora. A ella le interesa estar en todo a la última moda, y los caballos enganchados a su coche deben ir con la cabeza exageradamente erguida.

–Lamentable –afirmó Juan, y cuando se despidió de nosotros se veía muy triste.

El señor de Highlance nos visitó a la mañana siguiente, y se mostró encantado. Scott le repitió las recomendaciones de Juan, pero el Conde no pareció muy preocupado por el asunto.

–Ponles el “engallador” lo más suelto posible –indicó.

Esa misma tarde nos engancharon al carruaje, y fuimos a esperar ante la puerta principal. La casa era mucho más amplia y fastuosa que la de los Gordon, y había dos lacayos, con medias blancas y levitas color guinda, al pie de la escalinata de piedra. La señora apareció media hora más tarde, alta y arrogante, haciendo crujir su vestido de seda color azul acero, del mismo tono que sus ojos. No pareció satisfecha al vernos, pero subió al coche sin hacer comentarios.

Era la primera vez que yo usaba el “engallador”, y lo cierto es que no lo encontré tan espantoso. Tampoco *Jengibre* dio muestras de mayor molestia. Pero al día siguiente, la señora ordenó:

–¡Haga que esos caballos levanten la cabeza, Scott!

–Perdón, señora –dijo el cochero–. Sucede que estos animales no están habituados a llevar “engallador”, y el señor mandó que los fuera acostumbrando lentamente. Es claro que si usted lo desea...

Aunque Scott acertó un poco la correa, percibí de inmediato el cambio, y empecé a comprender lo que *Jengibre* me había contado. Intentaba echar hacia adelante la cabeza para arrastrar el coche, especialmente en las subidas, y me era imposible. Toda mi fuerza estaba aminorada, y mi lomo y mis patas se resentían.

–¡Pobre amigo! –me dijo *Jengibre*–. Principias a saber lo que es este tormento.

Diariamente, Scott tuvo que ir acortando los “engalladores”, hasta el punto que sentía temor cuando me ponían los arneses. Pero aún no llegábamos al límite de lo que podíamos soportar.

2 La batalla de Jengibre

Una tarde, la Condesa salió con un vestido aun más crujiente, y los ojos de acero afilados como cuchillos.

—¿Levantarán alguna vez la cabeza esos horribles caballos, Scott? —preguntó, y sin esperar respuesta dio la orden—: ¡Quiero que lo hagan ahora!

Scott ajustó mi “engallador” tan tirante, que sentí que me destrozaba el pescuezo, y me faltó el aire. Al mismo tiempo, uno de los lacayos se había colocado delante de *Jengibre*, y en el instante en que Scott desprendió el gancho de la correa para acortarla, mi amiga dio un cabezazo tan violento que hizo tambalear a los dos hombres, y el sombrero del cochero salió disparado. Scott y el lacayo recuperaron el equilibrio e intentaron sujetarla, pero entonces *Jengibre* se encabritó, y se puso a tirar patadas, embravecida; se precipitó sobre la lanza del carruaje, y, en un ataque de furor, cayó al suelo, pasándome a llevar y asestándome un fuerte golpe con sus herraduras. Agilmente, Scott saltó sobre ella y se sentó sobre su cabeza, ordenando:

—¡Rápido, desenganchen al caballo negro! ¡Desatornillen la lanza...!

Los mozos corrieron, lograron desprenderse del carruaje, y me arrastraron a la cuadra. No demoraron mucho en traer a *Jengibre*, entera magullada, en un estado lamentable.

—¡Al diablo con los malditos “engalladores”! —aulló Scott—. Yo sabía que nos darían dolores de cabeza.

Con suavidad me examinó minuciosamente, y luego de descubrir el lugar donde me había herido la patada de *Jengibre*, vigiló que me curaran con el mayor esmero.

Cuando el Conde de Highlance fue informado de lo que acababa de suceder, se indignó. No obstante, a la postre, las cosas no cambiaron mucho. El hijo mayor del Conde pidió que le regalaran a *Jengibre*, ya que la convertiría en un magnífico caballo para cacerías, y así ella no volvió a ser enganchada a ningún carruaje. Pero a mí, en cuanto estuve sano, me devolvieron a mi odioso trabajo, y me pusieron un nuevo compañero, llamado *Diamante*. Este me contó que él soportaba el “engallador”, simplemente porque toda rebeldía era inútil.

Yo resistí la tortura durante cuatro meses, con la lengua cubierta de heridas, dolores intensos en el pescuezo y el cuello, echando espuma por la boca, totalmente extenuado.

3 La señorita Sara

Con los primeros anuncios de la primavera, los Condes de Highlance y parte de la familia se marcharon a Londres. Con ellos también fue Scott, y los caballos quedamos al cuidado de Ernesto O’Hara, un antiguo mozo de cuadras.

En la casa se quedó la inválida señora Rose, y la señorita Sara, que nunca utilizaba coches porque prefería andar a caballo. Era una amazona perfecta, y tan cordial como bonita y alegre. Entre todos los caballos, ella me prefirió y se adueñó de mí.

Por esos días, se encontraba alojado en la casa el coronel Denvers, que siempre montaba a *Lista*, una yegua “pura sangre”, de patas finas y movimientos elegantes. Tanto la elogiaba, que

una mañana Sara ordenó que ensillaran a *Lista* con su silla, y a mí con la del coronel. Al notar el cambio, él pareció preocupado, y averiguó qué ocurría.

–Quiero probar a *Lista*, ya que tanto la celebran –contestó Sara.

–Por favor, no lo haga –pidió Denvers–. Es muy nerviosa...

–Yo cabalgo desde niña –afirmó ella, y sin esperar más montó en *Lista*. Al coronel no le quedó más que aceptarme a mí, y partimos hacia la casa del médico de la señora Rosa, al que debíamos llevar una carta de su paciente.

Al llegar, la señorita Sara le pidió a su acompañante que entregara la carta, ya que ella prefería esperarlo afuera. El coronel Denvers ató mis riendas en la verja, y desapareció entre los árboles del jardín.

La señorita se puso a entonar una canción, mientras *Lista* permanecía tranquila. Era un día de sol, con un cielo transparente que presagiaba calma. Pero repentinamente, desde una pradera que había al otro lado del camino, surgió un tropel de potros, perseguidos por un chiquillo que agitaba un látigo. Eran animales indómitos y juguetones, que se desparramaron por el camino, y uno de ellos pasó a llevar la grupa de *Lista*. Esto bastó para que la yegua se espantara y partiera escapando en dislocada carrera. Si Sara no hubiera reaccionado en un segundo, habría sido despedida de su silla.

Afortunadamente el coronel Denvers volvió cuando yo estaba haciendo angustiosos esfuerzos para soltarme de la verja, y alcanzó a divisar, ya lejana, a la niña que parecía llevada por el viento. Sin perder un instante salimos en persecución de *Lista*.

Aproximadamente dos kilómetros más adelante, el camino hacía una curva y se dividía, y entonces las perdimos de vista. Una mujer que iba tras unos gansos, agitó una mano en cuanto nos vio, y gritó que dobláramos a la derecha, hacia los matorrales.

Obedecimos la indicación. Aquel era el peor sitio por donde un caballo podía galopar; lleno de altibajos y malezas, pero no tardamos en divisar el traje verde de Sara, y sus largas trenzas oscuras flotando en el viento.

En el medio de aquellos matorrales, se abría una zanja profunda, y la tierra se hallaba amontonada a los costados. La yegua llegó hasta allí y saltó, desplomándose al chocar contra el borde opuesto.

–¡Por favor, *Azabache*, haz un esfuerzo! –me suplicó mi jinete. Me contraje y di un salto limpio, pasando sin dificultad por encima de la zanja. Allí, entre los arbustos, totalmente inmóvil, se hallaba Sara. El coronel Denvers se arrodilló junto a ella.

–¡Sara..., Sara, por favor, hable! ¡Diga algo! –le imploró.

Muy suavemente la volvió hacia él, y yo vi entonces el rostro intensamente pálido de la joven, con los ojos cerrados, igual que si estuviera muerta. El le desabotonó la blusa y le tomó el pulso, sin que ella tuviera ninguna reacción.

Entretanto dos hombres que habían visto correr a *Lista* llegaron hasta nosotros, y Denvers les pidió que uno de ellos montara en mí y corriéramos a la casa del Conde a avisar lo ocurrido, y que el otro fuera a buscar al médico.

Partí a gran velocidad, tratando de no remecer mucho al inexperto jinete, quien cumplió cuanto se le había encargado.

En la casa se produjo una verdadera conmoción, y varias personas salieron en un coche, llevado por *Jengibre*, hacia el lugar del accidente. Por suerte, la señorita Sara no estaba muerta, y tampoco tenía huesos quebrados.

Una semana después, entró el coronel Denvers en mi cuadra. Se veía optimista, y me dijo que no permitiría que Sara montara en otro caballo que no fuera yo.

4 Ernesto O'Hara

Todo el mundo quería a Ernesto O'Hara, especialmente los caballos. A su cargo quedaron las cocheras y las caballerizas del Conde Highlance, durante la ausencia de Scott, y la verdad es que Ernesto desempeñaba su oficio mejor que el propio Scott. Además de ser paciente y afectuoso con los animales, había estudiado veterinaria, y sabía curar sus enfermedades.

La razón por la que no había llegado a ser más que mozo de cuadras, pese a sus virtudes, era su desmedida afición a beber. No lo hacía en forma continuada, pues era capaz de pasar hasta meses sin tomar ni una copa, pero de pronto volvía al alcoholismo, transformándose en un individuo violento y odioso, al que su propia esposa temía. El Conde lo despidió en más de una ocasión, y fue admitido de nuevo, por influencias de Scott, pues juraba enmendarse para siempre.

A mediados de abril, el coronel Denvers tenía que volver a su regimiento, y como uno de los coches necesitaba algunas reparaciones, la señora Rose y la señorita Sara decidieron que Ernesto llevara en ese coche al coronel hasta la estación, que dejara dicho carruaje en el taller y regresara a caballo.

Ernesto O'Hara me eligió a mí para el viaje, y después de dejar al coronel en el tren, me llevó a la posada. Le ordenó a un mozo que me cuidara, en tanto que él se ocupaba de los arreglos del coche, y quedó de regresar a las cuatro de la tarde.

Durante el viaje se había desprendido un clavo de la herradura de una de mis patas delanteras, y el mozo se lo hizo notar a Ernesto, en cuanto regresó, cerca de las seis. Sin embargo, él dijo que no tenía mayor importancia, y que atendería ese asunto cuando estuviéramos en la casa. Esto me extrañó, ya que siempre revisaba nuestras herraduras. Solo apareció de nuevo pasadas las diez de la noche, hablando a gritos, y lanzando palabrotas y juramentos.

No bien salimos del pueblo, me hizo galopar y comenzó a castigarme con el látigo. El camino se hallaba cubierto de piedras, y la herradura se me fue aflojando hasta que se desprendió por completo. Si O'Hara hubiera estado sano, se habría dado cuenta de que algo extraño me ocurría, pero se hallaba totalmente borracho, y no percibía nada. El casco se me había destrozado, y las filudas piedras me herían ocasionándome inaguantables dolores. Sentí que no podía avanzar más, aunque el hombre bramara injurias y pretendiera aniquilarme con la fusta. Di un tropezón, mis rodillas se doblaron, y Ernesto voló por encima de mi cabeza. Pasado un rato, me arrastré a duras penas hasta un costado del camino.

La luna asomó por arriba de unas empalizadas. Ernesto O'Hara estaba tendido en el suelo. Un gemido que salió desde lo más hondo de todo su ser escapó por su boca y luego quedó inerte, sin emitir ni el más leve ruido. La noche era apacible, y solo se escuchaba, a intervalos, el batir de alas de una lechuza mezclándose con el canto de un ruiseñor.

Debe haber sido pasada la medianoche cuando escuché el golpeteo de las herraduras de un caballo en la distancia. Al sentirlo aproximarse, relinché de alegría, reconociendo a *Jengibre*, y ella me respondió con otro relincho fuerte. Venía enganchada a un coche abierto, del que saltaron dos mozos de la casa del Conde. Uno de ellos corrió a reconocer a O'Hara.

—Sí, es Ernesto —dijo, y pasado un momento añadió—: Está muerto.

—Es raro que *Azabache* no haya vuelto a la casa —opinó su compañero, y trató de hacerme andar, pero yo caí de nuevo—. Esto es grave —murmuró entonces, mientras me examinaba—. No solo tiene las rodillas rotas; el casco está despedazado. ¿Cómo Ernesto O'Hara pudo conducir al caballo por un camino sembrado de piedras, faltándole una herradura? ¡Debe haber estado muy borracho!

—Tenemos que llevarnos el cadáver y el caballo —afirmó el otro hombre. Sacó su pañuelo, y vendó mi pata con una atadura fuerte.

A pesar de mis dolores, me sentí contento de hallarme otra vez en mi cuadra, donde me envolvieron las rodillas con paños húmedos, me pusieron cataplasmas en el casco y me dieron a comer alfalfa. Al día siguiente vino el veterinario, y aseguró que, pese a que se requería un tiempo largo para curarme, no quedaría inválido. Solo conservaría para siempre las cicatrices en las rodillas. Al fin de cuentas no podía quejarme, ya que sin buscarlo podría haber corrido la misma suerte de Ernesto O'Hara.

5 Cuesta abajo

Apenas mis heridas se cicatrizaron, me llevaron a convalecer en un potrero donde estaba muy bien alimentado y gozando de plena libertad, aunque completamente solo. Esto me apenaba,

y echaba mucho de menos a *Jengibre*. Sin embargo, cuando ya había perdido las esperanzas de verla en mucho tiempo, repentinamente apareció. Corrí a recibirla, relinchando de alegría.

Me contó que la habían traído para ver si se reponía, ya que estaba muy enferma. El hijo del Conde la había hecho participar en innumerables cacerías y carreras importantes, y el resultado era que se hallaba más que agotada, como si todas sus fuerzas se hubieran consumido.

—Así es que aquí estamos, querido *Azabache* —me dijo—. Tú, arruinado por culpa de un borracho, y yo por las imprudencias de un tonto que reventó mis pulmones.

Ambos reconocíamos que ya no volveríamos a ser como antes. Ya no galopábamos juntos, y nos limitábamos a permanecer tranquilos, a la sombra de los limoneros. Y el tiempo pasó, hasta que la familia regresó de Londres, y un día llegó a vernos el propio Conde de Highlance, seguido por Scott.

—¡Tanto dinero arrojado al viento! —exclamó el Conde, observándonos—. ¡Mira, Scott, cómo los han destruido! Y lo que más me duele es que mi amigo Gordon me los vendió convencido de que serían tratados tan bien como en su casa. Veremos si la yegua se repone un poco, pero al pobre *Azabache* tendré que venderlo. Un animal con las rodillas en semejante estado no puede seguir en mis caballerizas.

—Habrá que buscar un comprador que no se fije tanto en las apariencias —opinó Scott—. Sé de un hombre que tiene un establecimiento donde alquilan caballos, y que los cuida.

—Escríbele —ordenó el Conde—. Me interesa más que lo cuiden que el dinero que paguen.

Una semana más tarde me fueron a buscar, sin darme tiempo para decirle adiós a *Jengibre*. Como esperaban, el dueño de ese establecimiento me compró. Me pusieron dentro de una jaula y me mandaron por ferrocarril. Afortunadamente ni las sacudidas ni los silbidos y resoplidos del

tren me afectaron, y al llegar al sitio adonde me habían enviado, descubrí que la cuadra era limpia y el alimento excelente. Esto indicaba que el nuevo amo trataba bien a sus caballos.

6 Caballo de alquiler

En adelante no tendría un solo amo, ya que serían muchos los que me alquilarían, por horas o por días, y las formas y estilos que usarían para tratarme y conducirme se harían incontables.

Los cocheros de riendas tirantes, por ejemplo, estaban convencidos de que guiar bien un carruaje consistía en tirar de las riendas, empleando todas sus fuerzas, sin dejarle la más ínfima libertad al caballo; este sistema era imbécil y doloroso. *Los cocheros de riendas sueltas*, por el contrario, no ejercían el menor control sobre el caballo, sosteniendo apenas las riendas, entre unas manos flojas que descansaban sobre sus rodillas. Sentirse libre es muy agradable, pero no lo es ignorar si el hombre que guía está despierto o dormido.

En una ocasión fui alquilado por un distraído. Estaban arreglando el camino por donde me hizo ir, y en varias partes las piedras se hallaban aún sin apisonar. Mi conductor, que iba entusiasmado conversando con una señora, no daba una sola mirada al camino ni a mí. Así no sospeché que una filuda piedra se me había metido en un casco, y a cada paso se me iba incrustando más, hasta que el dolor me obligó a cojear. Solo entonces notó algo y nos detuvimos.

En ese preciso instante, un campesino se acercó a nosotros. —¿Qué le parece? —preguntó el torpe conductor—. ¡Me han alquilado un caballo cojo! ¡Qué desvergüenza!

—Yo creo que este caballo tiene un guijarro en el casco —opinó el otro—. Déjeme verlo —Sin decir más, levantó mi pata y confirmó su diagnóstico—. ¡Claro, eso es! Le debe haber costado mucho caminar —Sin pérdida de tiempo, sacó de su bolsillo una pequeña herramienta con la que, cuidadosamente, me quitó la piedra y la mostró—: Mire, aquí la tiene.

—¡Qué gracioso, jamás me lo hubiera imaginado! —confesó el distraído. Y apenas el campesino se alejó, sacudió las riendas, dejó caer el látigo, y siguió conversando.

7 Otras desgracias

Cada vez que alguien solicitaba una pareja de caballos, nos enganchaban juntos a *Gorrión* y a mí, cosa que me agradaba porque era un buen compañero, y nos entendíamos perfectamente. Esa noche volvíamos a casa por un camino que torcía a la derecha, en una curva muy cerrada, y fue al llegar a esta curva, cuando escuché el galope de un caballo que conducía un tílburí. Nuestro coche avanzaba por el lado que le correspondía, pero el que venía en sentido contrario lo hacía equivocadamente, y a gran velocidad, por lo cual se precipitó sobre nosotros. *Gorrión*, enganchado precisamente en el costado sobre el que se estrelló el tílburí, recibió todo el impacto del choque, y la punta de una de las lanzas se le enterró en el pecho. Jamás olvidaré el horrible

gemido de dolor que lanzó, ni los borbotones de sangre que manaban de la herida. El pobre no murió, cosa que habría sido mejor para él, ya que tardó mucho en mejorarse, y al final fue vendido para acarrear carbón. Todo esto se debió a la inexperiencia del joven que conducía el tílburí, que ni siquiera sabía por qué lado debía circular y que no se puede enfrentar una curva al galope.

A partir de ese día formé pareja con una yegua muy bonita. La llamaban *Catalina*, y era de color tan negro como yo. Desde nuestra primera salida, me pareció que su paso era rarísimo, ya que al trotar o galopar, cada cierto tiempo daba un salto hacia adelante. Le pregunté el motivo de esta extraña forma de andar, y ella se afligió mucho.



—Es algo que no puedo remediar —me confesó—. Aunque me veo de tu misma altura, mis patas son muy cortas, y no puedo mantener el paso de mis compañeros. El látigo cae siempre encima del caballo que se queda atrás, y para evitarlo yo doy ese salto, esperando que no se note.

Me apenó su confesión. Pero no siempre tenía que andar de ese modo. En algunas ocasiones la enganchaban sola, en un coche pequeño, y por su carácter dulce les gustaba a las señoras que no iban apuradas, y que buscaban un animal hermoso y manso para ir de paseo. Justamente fueron dos damas quienes la compraron, y más de una vez pude verla en algún camino, marchando airosa y serena. En contadas ocasiones teníamos la suerte de trabajar con un conductor experimentado. Esa mañana me pidieron para ir con el tilburi a una casa en el pueblo. Dos señores me recibieron, y uno de ellos me dio unas palmadas afectuosas. Hizo varias preguntas al mozo que me llevaba, y me examinó el freno, la brida y la collera para verificar que nada me molestaba.

—Quiero que vaya con la boca muy cómoda y fresca —dijo—. Es fundamental para un viaje largo. ¿Verdad que sí, amigo? —me preguntó.

Ambos caballeros subieron en el cochecito, pero él llevó las riendas, manejándolas con suavidad y precisión. Desde lejos, volvieron a mi memoria los tiempos viejos y perdidos.

Este caballero convenció a mi dueño de que me vendiera al señor Benjamín Spencer.

8 El ladrón

Spencer habitaba en una gran ciudad, y manejaba varios negocios. Su médico le había indicado que practicara equitación, y el mismo día que me compró arrendó una cuadra y tomó a Rolando para que se encargara de mí. El señor Spencer le encargó darme comida nutritiva y abundante: mucha avena, habas, afrecho, heno, etc., y durante varios días Rolando se comportó en forma excelente.

Sin embargo, pasado cierto tiempo, mi comida principió a escasear, y llegó al punto en que comía menos de la cuarta parte de lo que necesitaba. Así transcurrieron dos meses, hasta que una tarde fuimos de visita a casa de un granjero. Este hombre, que sabía de caballos, preguntó si yo había estado enfermo.

—No —contestó mi amo—, aunque lo noto un poco triste. Bueno, el criado que lo cuida asegura que la proximidad del otoño afecta a todos los animales, y...

—Jamás he escuchado eso, pero ¿de qué otoño me habla, si estamos en pleno verano? ¿Con qué lo alimenta? —Mi amo enumeró todo lo que, supuestamente, yo comía—. No sé quién está disfrutando de esos banquetes —manifestó el granjero—. Vigile su cuadra, amigo, mire que hay cobardes que roban hasta el sustento de un pobre animal, que no puede reclamar ni quejarse.

En efecto, yo no podía informarle al señor Spencer, que Rolando llegaba diariamente con su hijo de doce años, quien traía una canasta con tapa, y que se dirigían al lugar donde se guardaban mis alimentos. Allí llenaban bolsas, especialmente de avena, que el muchacho se llevaba en la cesta.

Una semana después de aquella conversación de mi amo con el granjero, en cuanto el chiquillo salió de la cuadra, volvió a abrirse la puerta, y reapareció arrastrado por un policía.

–Muéstrame de dónde sacaste lo que llevas en esta canasta –ordenó el policía. El chico, muy asustado, obedeció.

Rolando se puso a protestar, sin embargo no le sirvió de nada. Igual se lo llevaron, y lo condenaron a prisión por seis meses.

9 El fanfarrón

Un individuo alto, de rasgos armoniosos, que se esmeraba por ser elegante, fue el nuevo mozo de cuadra que contrató el señor Spencer. Se llamaba Federico Fulton, y se consideraba sumamente hermoso. Perdía horas contemplándose en un espejo, peinándose y atusándose el rubio bigote. A todo lo que el amo pedía o indicaba, respondía con un invariable “Sí, señor”, y me llenaba de mimos. También, antes de sacarme, me lavaba la cola y las crines para que relucieran. Sin embargo, jamás me pasaba el cepillo ni limpiaba mis patas por dentro, y ni siquiera miraba mis herraduras. Tampoco cambiaba la paja de mi cama, que pronto comenzó a despedir un olor inaguantable. En suma, Federico Fulton era un fanfarrón, aplastado por la pereza y la vanidad.

Por dormir sobre la paja húmeda, mi salud se alteró visiblemente; los cascos se me volvieron como algodón, y una vez, llevando a mi amo por una calle recién empedrada, tropecé dos veces. El señor Spencer se sobresaltó, y partimos a ver al veterinario.

El profesional examinó prolijamente mis cascos, y luego, mientras se lavaba las manos, explicó:

–Este animal tiene una putrefacción en la ranilla, o sea en la parte blanda de los cascos. Le advierto que el caso es serio, y que es una enfermedad que solo se contrae en caballerizas muy sucias, en las que el caballo vive en un ambiente totalmente insalubre.

El veterinario hizo una limpieza interior de mis patas, me curó con gran esmero y señaló las condiciones de alimentación e higiene en que se me debía mantener. Gracias a este tratamiento logré recuperarme. Pero el señor Spencer no quiso que lo volvieran a regañar, y para evitarse más problemas, decretó no tener caballos propios, y limitarse a arrendarlos.

Así fue como por culpa de aquel fanfarrón, fui vendido en una feria.

TERCERA PARTE

1 La feria de caballos

Indudablemente una feria de caballos es un sitio muy entretenido. Se ven centenares de caballos de tiro, altísimos, muchos con sus colas trenzadas, y amarradas con cintas azules y rojas; otros, como yo, muy hermosos, de gran raza, y apocados por algún accidente; variedad de caballos recién llegados de las praderas, muy jóvenes y vitales; manadas de caballitos peludos y gordos, no más altos que *Alegría*, venidos desde Gales; y también los perfectos, los magníficos, luciendo el esplendor de su raza y sus formas. En otro sitio se encontraban los viejos, enflaquecidos, con belfos y orejas caídos, y los destruidos por exceso de trabajo y malos tratos.

A mí me exhibieron con tres caballos grandes y fuertes. Los compradores se entusiasmaban al verme, pero daban vuelta la espalda al mirar las cicatrices de mis rodillas.

Entre los que se interesaron por mí, apareció un hombre que no era exactamente lo que la gente califica de gran caballero, ni se daba ínfulas de serlo. Bajo de estatura y sin ninguna traza de elegante, tenía dulces ojos castaños dorados, se le veía extremadamente limpio y pulcro, y olía a esa limpieza. Ofreció una cantidad razonable por comprarme, pero rechazaron su oferta.

Se retiró, y otro hombre, de voz y mirada duras, se acercó a examinarme. Propuso la misma suma que el anterior, y se fue a esperar que el vendedor se decidiera. Afortunadamente, entretanto apareció otra vez mi amigo de los ojos castaños, y yo acerqué mi cabeza a él.

—Tú y yo nos llevaremos muy bien —me dijo—, y subió la oferta. El vendedor aceptó.

Partí con mi nuevo dueño a una posada, donde me dio una suculenta comida. Luego me colocó una silla y un freno, preocupándose de que me sintiera cómodo, y nos fuimos, tranquilamente, por el hermoso camino que conduce a Londres.

Entramos en la ciudad cuando las luces de gas se hallaban ya encendidas, y me impresionó mucho ver plazas y avenidas tan iluminadas. Después de torcer por varias calles, llegamos a un barrio poblado por casas modestas. Nos detuvimos ante una puerta que se abrió en cuanto mi amo dio un silbido, y salieron a recibirnos una señora joven, un muchacho y una niña. Sin pérdida de tiempo me llevaron a un patio donde todos me rodearon.

—¿Es manso, papá? —preguntó una niña.

—Sí, Dora, puedes hacerle cariño.

Sentí, entonces, aquella mano muy pequeña acariciando mi pecho, y me inundó una sensación de felicidad que no había vuelto a experimentar en mucho tiempo.

2 El coche de alquiler

El nombre de mi amo era Reginaldo Smith, y su diminutivo era Regi. Regi, junto a su esposa Paulina, y sus hijos Enrique y Dora, formaban una familia profundamente unida y feliz.

Él era dueño de un coche de alquiler, y, además de mí, tenía otro caballo, alto y blanco, al que llamaban *Capitán*. Este era ya un poco viejo, pero se notaba que en años pasados debió ser muy

hermoso.

A la mañana siguiente me limpiaron y alimentaron muy bien, y Dora me trajo un pedazo de pan y una manzana. Ese mismo día principié a trabajar. Mi amo me enganchó a su coche, y se preocupó de que me sintiera en condiciones perfectas, sin un solo detalle que me molestara.

Los carruajes de alquiler formaban una fila, junto a la verja de hierro que rodeaba la entrada principal de una antigua iglesia; allí aguardaban a los pasajeros. Nosotros nos detuvimos al final de la fila, mientras algunos cocheros daban de beber a sus caballos, y otros leían el periódico. Uno de ellos comentó al verme:

–Apropiado para un funeral.

Pero un hombre vestido de gris, con el cuello envuelto en una bufanda azul, lo hizo callar.

–Es un lindo caballo, y justo lo que necesitaba Reginaldo Smith. Hizo una muy buena compra –aseguró.

Aquel cochero era Matías Corner, a quien apodaban “El Gobernador”, y tenía fama de ser una espléndida persona, de muy buen carácter, salvo cuando se enojaba. En esas oportunidades, nadie quería hallarse frente a él.

Durante los primeros días, Londres, con las aglomeraciones, la variedad de ruidos que lo estremecían, y el ir y venir de carruajes y gente apresurada, me atemorizó. Pero luego comprendí que debía dejarlo todo en manos de Reginaldo Smith, que era tan buen cochero como el inolvidable Juan.

Regi y yo llegamos a entendernos más de lo que es posible entre un hombre y un caballo, porque él cuidaba a sus animales, y los hacía trabajar con amor y respeto. Como premio a este trabajo, que en ciertas ocasiones era duro, el domingo se descansaba en la casa de los Smith.

Descansaba la familia completa, y también los animales. Un domingo *Capitán* me contó su historia.

3 Caballo de guerra

Desde la doma, *Capitán* fue adiestrado para servir al ejército. Había estado en la guerra de Crimea, y le gustaba la vida militar. Lanzarse al galope al compás de los clarines, y parar en el momento en que resonaba una orden, eran recuerdos que lo deleitaban. Efectivamente había sido muy bello, y su amo, un joven oficial, lo quería mucho. Lo llevaron a Crimea por mar, en un gran cajón, y solo cuando pisó tierra firme descubrió que estaba en un país muy distinto.

–¿Y las batallas, fueron terribles? –le pregunté

–Sintiendo el peso de mi jinete, y su mano en las riendas, no sabía del miedo –respondió—. Solo en una ocasión experimenté temor de verdad. Nos encontrábamos en un valle, dispuestos para el combate, y encabezando la línea estábamos mi amo y yo. La orden fue lanzarse a galope tendido sobre los cañones del enemigo. Nunca volveré a ver un fuego tan espantoso. Bajo una lluvia de metralla y balas, caían caballos y jinetes, y las filas iban raleando. Mi amo alzaba en alto su sable, animando a los soldados, cuando una bala lo derribó. Yo percibí únicamente que dejaba caer la espada y aflojaba las riendas. Quedó de espaldas en la tierra, sin decir una palabra, ni emitir un quejido. Entonces sí, por un instante, confieso que el miedo me sobrecogió, pero casi de

inmediato otro jinete montó sobre mí, y nos precipitamos contra el enemigo. Al final, nuestro regimiento, se vio muy reducido, y tuvimos que retroceder. El campo quedó lleno de muertos y heridos, y caballos que se arrastraban acibillados a balazos. Mucho más tarde comenzaron a recoger a los heridos y a sepultar a los cadáveres.

—¿Y los caballos?

—Los que podían salvarse fueron llevados al campamento, y a los otros los sacrificaron.

—Yo creía que participar en una guerra era algo grandioso—confesé.

—Quizás lo es si se trata de una batalla simulada, como un ejercicio de maniobras militares —admitió *Capitán*—. No cuando es en serio, y miles de hombres y caballos mueren, o quedan inservibles para siempre.

—¿Y por qué razón luchaban? —indagué.

—Sin duda los enemigos eran gente muy mala, ya que tuvimos que ir tan lejos con el objeto de matarlos. Pero este es un tema que sobrepasa la inteligencia de un caballo —me respondió.

4 Reginaldo Smith

No existía otro hombre tan bondadoso y honesto como mi amo, y además derrochaba buen humor.

Una tarde se nos acercaron dos individuos mal agestados que salían de una taberna.

—Llévanos a toda carrera a la estación Victoria —ordenó uno de ellos—. Te daré una propina.

—Los llevaré a buen paso —contestó Reginaldo—. Yo no mortifico a mi caballo por ninguna propina.

Mi amo siempre se oponía a que *Capitán* o yo corriéramos por darles gusto a los que van atrasados. Pero en casos muy especiales hacía excepciones. Por ejemplo, cierto día un señor cargado con su equipaje, intentó cruzar la plaza corriendo en dirección a nosotros. Desgraciadamente resbaló en una cáscara de fruta y se dio un terrible costalazo. Mi amo corrió y lo ayudó a levantarse. El pobre caballero estaba un poco aturdido por el golpe, y caminaba con dificultad.

—Necesito ir a la estación Norte y tomar un tren a las doce —explicó—. ¿Alcanzaremos a llegar?

—Sí —contestó Regi—, creo que sí.

Se necesitaba gran destreza para marchar con prisa por las calles de Londres al mediodía, esquivando todo tipo de carruajes. Sin embargo, mi amo y yo lo intentamos; sabíamos que existiendo entendimiento entre un buen cochero y un buen caballo, todo es posible.

Nos detuvimos en la estación Norte cuando faltaban ocho minutos para las doce.

—¡Gracias a usted y a su magnífico caballo, alcanzaré mi tren! —exclamó el señor—. Aquí tiene su propina. Se la merece.

Mi amo rechazó con suavidad el dinero y dijo:

—Me siento muy contento por haberlo ayudado.

Al regresar a nuestro paradero, alguien comentó que a Regi no le había importado mortificar a su caballo, con tal de recibir una buena propina.

—Yo no acepté ninguna propina —aclaró él—. Corremos cuando es justo hacerlo, y eso es un asunto de nosotros dos.

–Jamás vas a ser rico –sentenció un compañero.
–No –admitió mi amo–. Pero soy un hombre feliz.

5 El coche para los domingos

Era muy temprano y Regi me estaba enganchando, cuando apareció en el patio el señor Williams. Venía a contratarnos para que lleváramos, todos los domingos, a su esposa a la iglesia. Mi amo le respondió que él no trabajaba los domingos.

–Mi señora no quiere ir con otro cochero –insistió el caballero–. Y le advierto que seremos sus mejores clientes.

–Lo siento, no puedo –repitió Regi.

–Como le parezca –dijo entonces Williams, molesto–. No me faltarán cocheros dispuestos a servirme.

En cuanto el señor Williams se retiró, mi amo llamó a su mujer, y le preguntó qué pensaba sobre su actitud. Paulina contestó que estaba absolutamente de acuerdo.

Muy pronto se supo, entre los dueños de los coches de alquiler, que Reginaldo Smith había perdido a un estupendo cliente, por negarse a trabajar en domingo. Y varios opinaron que los tiempos no permitían ponerse tan cómodo.

–Se equivocan –afirmó el “Gobernador”–. Los trabajadores tienen la obligación de defender su derecho al descanso dominical. Así lo mandan las leyes del Cielo y de la tierra. Las señoras devotas pueden ir a pie a la iglesia.

Pero resultó verdad que nadie de la familia Williams volvió a ocupar nuestro coche. Así transcurrió más de un mes, hasta que una noche, al entrar en el patio, Paulina nos comunicó:

–¡Buenas noticias, Regi; vino un criado de la casa de los Williams, a pedir que vayas mañana a buscar a la señora.

A partir de ese día, la señora Williams, que no se había sentido segura en otros coches, siguió ocupándonos igual que antes.

6 Un corazón de oro

Pese a la firme convicción de no trabajar los domingos, llegó uno en que tuvimos que hacerlo.

Fue un sábado por la noche, en que llegamos muy tarde, cansados pero felices porque al día siguiente nos quedaríamos en casa. Paulina abrió el portón sin dar muestras de alegría.

–Isabel Brown acaba de recibir una carta –dijo–. Le comunican que su madre se está muriendo. La señora vive en el campo, a veinte kilómetros de Londres, y la pobre Isabel vino a rogarte que la llesves mañana en el coche, a ella y a su bebé.

—Mañana es día de descanso —murmuró Regi—. Voy a pensarlo.

—En este caso no hay mucho que pensar —reflexionó Paulina—. Comportémonos con los demás tal como nos gustaría que se comportaran con nosotros.

—De acuerdo —suspiró Regi, fingiendo tono de resignación—. Tus sermones son mejores que los del cura, así es que puedo perderme el de mañana. Avisale a Isabel que partiremos a las diez. Conseguiré con Andrés Morton que nos preste su tilburi que es menos pesado que el coche.

Mucho antes que sonaran las diez campanadas de la parroquia, yo me encontraba enganchado a un tilburi de ruedas muy altas, livianísimo. Era un luminoso domingo de primavera, en que todas las brumas se habían esfumado.

Los padres de Isabel tenían una pequeña granja, y la casita se alzaba junto a una huerta con árboles frutales. Un muchacho le indicó a Regi dónde dejar el tilburi, y le pidió permiso para desensillarme y llevarme al potrero donde pastaban algunas vacas.

Fue extraña la sensación de estar en un potrero, sin los arneses, totalmente suelto. Al principio no sabía si revolcarme en el pasto, o echarme, o comer, o galopar. De algún modo tenía que mostrar la dicha de sentirme libre, envuelto en el verde de la hierba y en el sol.

Mi amo parecía igualmente contento. Sentado a la sombra de un árbol, escuchaba cantar a los pájaros, y de pronto se puso a cantar él también. Más tarde bajamos juntos hasta un arroyo, y él recogió flores silvestres. Esta era la primera vez que yo volvía al campo, desde que me había separado de *Jengibre*, y el tiempo se me hizo muy corto.

Al atardecer, dejamos a Isabel con su familia, y regresamos a nuestro hogar. Al llegar, Regi abrazó a Paulina y le pasó el ramo de flores.

—Falté a la Parroquia, pero resultó muy lindo cantar los himnos con los pájaros, y este amigo volvió a ser un potro joven, lleno de fuerza y alegría —aseveró, acariciándome—. ¡Fue un buen

domingo, Paulina, un buen domingo!

7 Un gran señor

Ese invierno fue extremadamente frío y húmedo. Cuando no nevaba, granizaba o llovía a cántaros. Con un par de mantas, los caballos resistíamos el frío seco, pero la humedad permanente, calándonos los huesos, nos hacía mucho daño. Además, las calles se ponían tan resbalosas como si les hubieran echado jaboncillo, y trotábamos siempre con temor de caer.

La mayoría de los cocheros solían refugiarse en la taberna de la esquina, turnándose para que en el paradero quedara un encargado de avisarles si aparecían pasajeros. Regi jamás pisó la taberna. Paulina siempre enviaba a Dora con un canasto en el que venía sopa, pan, y algún guiso caliente.

Una tarde en que Regi estaba comiendo la vianda que Dora le había traído, se aproximó un caballero. Antes que mi amo apartara el plato, lo detuvo.

—No se preocupe, coma tranquilo. Yo no tengo prisa. —Enseguida entró en el coche.

Regi terminó de comer, y le devolvió el plato a Dora.

—Este es un gran señor, hija —afirmó—. Alguien para quien un cochero desconocido es respetable.

En repetidas ocasiones volvió el mismo señor, y cuando íbamos a dejarlo a su casa, salían tres perros, agitando la cola en señal de alegría. Pero lo que me extrañó fue que al saludarnos se acercaba a mí y me acariciaba. De cien pasajeros, a noventa y nueve les habría parecido tan absurdo acariciar al caballo como a una locomotora.

Un atardecer, el señor vino con un amigo para que los lleváramos a una tienda en un barrio comercial. Al llegar, el amigo entró en el establecimiento indicado, y nuestro cliente se quedó aguardando en la puerta. Frente a esta se hallaba estacionado un carruaje con dos caballos hermosísimos. Pasado un rato, mientras otros vehículos se detenían en el lugar, los animales principiaron a caminar lentamente. Entonces, desde un bar público, salió el conductor, muy agitado, y empezó a golpear violentamente a los caballos con el mango de la fusta. Al ver este espectáculo, nuestro pasajero corrió hacia él.

—¡Deje de maltratar a estos animales! —ordenó, arrebátandole el látigo—. Haré que lo encierren en la cárcel por la crueldad de su comportamiento.

Al volver al coche, el amigo, que al salir de la tienda había presenciado el incidente, preguntó, sonriendo:

—¿No crees, Sommers, que tienes demasiados negocios que atender, para que más encima intervengas en asuntos ajenos?

—Estimado amigo —dijo el señor Sommers—, quien ve cometer un delito y no trata de evitarlo, se hace cómplice de él.

8 ¡Adiós, Jengibre!

Aguardábamos frente a un hermoso parque, escuchando a una banda que ejecutaba himnos marciales, cuando vi acercarse un coche viejo y desvencijado. El caballo era igualmente viejo. Se percibía la inseguridad de sus patas hinchadas por el trabajo, y todos los huesos parecían pegados a su deteriorada piel. En su mirada se escondía una tristeza profunda, y cuando pensé que yo había visto antes esos ojos, los clavó en mí, reconociéndome:

—¡Azabache!

Por un instante me negué a creerlo, pero sí, era ella. ¡Era *Jengibre*! ¡Qué horrible transformación había sufrido! Su cara solo reflejaba penas, y por su respiración entendí que sus pulmones debían hallarse en un estado deplorable.

Me contó que al cabo de un año de convalecencia en el potrero del Conde de Highlance, la vendieron, y después de participar nuevamente en una carrera, volvió a enfermarse, y otra vez la vendieron, a un precio mucho más bajo. Así fue cambiando de dueños, y en la misma medida en que bajaba su valor iba descendiendo la categoría de sus compradores.

—Hasta que llegué a manos de un hombre que arrienda caballos a los coches de alquiler. Tú, aunque trabajes en lo mismo, te ves bien, y no puedes ni soñar con lo espantosa que es mi vida. Por enferma, fea, y vieja, me destinan solo a los coches en mal estado, y me hacen trabajar del día a la noche, sin descanso.

Sentí un gran dolor, y acerqué mi cabeza a la suya, como en otros tiempos.

Una semana después, estando en nuestro paradero, vi un carromato en que llevaban un caballo muerto. La cabeza del animal colgaba hacia afuera, y era de color castaño, con el cuello largo, y una estrella en la frente. Es ella, pensé, y me alegré de que terminaran sus desdichas. ¡Adiós, *Jengibre*!

9 El carnicero

Muchas eran las desventuras que debían soportar los caballos en Londres, pero lo que más me indignaba era el tratamiento que les daban a los caballitos de corta estatura, obligándolos a transportar pesadas cargas, y urgiéndolos siempre con el látigo. No comprendía el porqué de la prisa con que debían marchar estos caballos, hasta que un mañana, en la puerta de una carnicería, vi llegar a toda velocidad un carrito. El muchacho que conducía bajó de un salto a descargar unos cestos. Pero en ese momento salió el carnicero y observó al caballito que jadeaba empapado de sudor.]

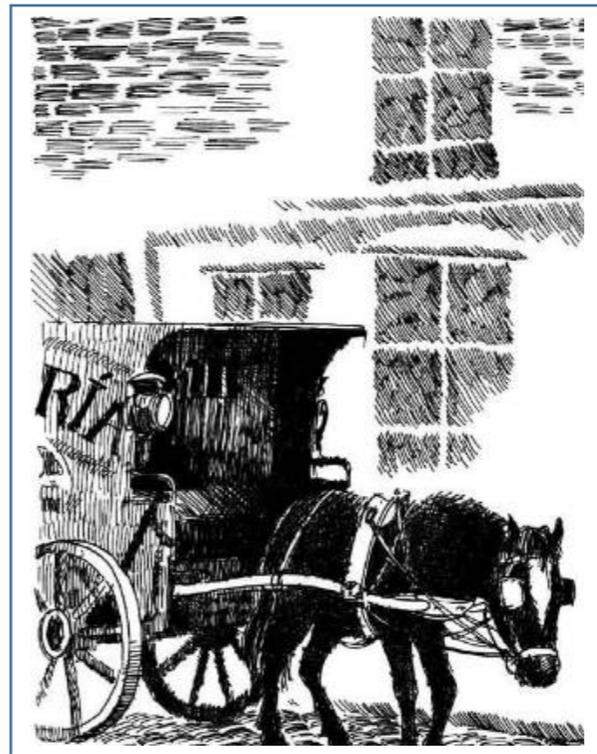
—¿Pretendes arruinar a este caballo, igual que al otro? —preguntó, furioso—. ¡Solo porque eres mi hijo no te despidó!

—¿Y qué quiere? —se defendió el joven—. Usted siempre me insite en que vaya rápido, y en todas las casas donde hacen pedidos me gritan que regrese al instante.

—Es cierto —admitió el padre—. Esto es porque la gente encarga todo a última hora, y nadie se da el tiempo para hacer las cosas con calma. ¡Ahora lleva a ese pobre caballo a la cuadra, y si hay más encargos pendientes, usa tus piernas!

Pero también hay jóvenes que quieren a sus caballos. Era el caso del verdulero, que iba por nuestro barrio, ofreciendo su mercancía en un pequeño carro, tirado por uno de esos caballos pequeños. Apenas el muchacho subía al pescante, el caballito partía alegre y sin necesidad de ningún estímulo.

Tampoco el dinero de los amos era lo más importante para nuestra felicidad. Recuerdo al anciano que aún se ganaba el sustento vendiendo carbón. Su carro y su caballo eran tan viejos como él, y sin recibir ninguna orden, el animal se detenía frente a las puertas de los clientes. Luego proseguían su camino, sin problemas, en completa paz. No eran solamente un amo y su caballo; eran socios.



10 Las elecciones

Una tarde, al llegar a casa, Paulina dijo:

–Regi, vino el señor Wildemore, para saber por quién vas a votar. Necesitan tu coche para las elecciones.

–Cuando regrese, dile que mi coche se usará para otro trabajo ese día –contestó mi amo–. No acepto andar ostentando carteles y llevando borrachos. Es una falta de respeto para mis caballos.

La mañana anterior a las elecciones, Dora entró llorando en el patio.

–¿Qué te pasó, mi amor? –le preguntó Regi–. ¿Te caíste?

–No, papá –contestó ella–. Unos chicos me dijeron que yo era “una asquerosa azul”.

–¡Es verdad, papá! –exclamó Enrique, entrando, muy alterado–. Yo los amenacé, y les grité: ¡“Naranjos” cobardes!

Mi amo abrazó a sus hijos.

–Es preferible que hoy te quedes en casa, ayudando a la mamá, Dora –aconsejó–. Y tú, Enrique, evita las discusiones. En todos los partidos hay gente buena y gente mala, y da lo mismo que sean azules, o rojos, o amarillos, porque la libertad no tiene color.

Durante el día de las elecciones, comenzamos a trabajar temprano. Las calles estaban llenas de gente, y llevábamos pasajeros de un lugar a otro. De pronto apareció una mujer joven, con un niño en los brazos.

–¿Puede indicarme el camino para ir al hospital de Santo Tomás? –rogó–. Vengo del campo para hospitalizar a mi hijito...

–En este día usted no puede ir sola con el niño. Suba al coche y yo iré a dejarla. No importa que no tenga dinero –dijo Regi.

Cuando mi amo llamó, haciendo sonar la gran campana del Hospital, llovía torrencialmente. La mujer le dio las gracias, y entró corriendo con su hijito. Pero no alcanzamos a alejarnos de la puerta, cuando el portero nos detuvo. Protegiéndola con un enorme paraguas, acompañó hasta el coche a una señora.

–¡Pero si usted es Reginaldo Smith! –exclamó ella, reconociendo a Regi–. Quiero que me lleve a la estación del Norte.

–Con el mayor gusto, señora Stephens –respondió él, sonriendo.

En el trayecto me enteré de que Paulina había servido como criada en casa de la señora Stephens.

–¿Y cómo le va en su trabajo? –averiguó ella, y al escucharlo toser, añadió–: ¿No es muy duro en invierno?

–Sí, señora –admitió él–, es duro, pero es mi oficio, y no creo que sirva para otro.

–Lo comprendo –dijo ella–, pero esa tos está muy fea, y usted tiene que pensar en su mujer y en sus hijos. Hay casas en las que hacen falta cocheros como usted. Comuníquese conmigo si se interesa por un empleo menos sacrificado. –Al despedirme, la señora Stephens le entregó algo a Regi–. Esto es para los niños –susurró–. Dígale a Paulina que siempre la recuerdo.

Mi amo le agradeció, y subió al pescante. –Vámonos a casa –me dijo, tosiendo–. Que los demás sigan peleando por las elecciones. Es hora de descansar.

11 El sucesor de Capitán

Mi amo había salido a trabajar con *Capitán* aquella mañana, y regresaban de la estación Victoria, cuando vieron avanzar hacia ellos un gran carro tirado por dos briosos caballos percherones. El cochero los azotaba con violencia, y los animales se lanzaron en desatentada carrera, chocando de frente con el coche de Regi. Las lanzas se quebraron y una punta se le enterró a *Capitán* en el costado. Mi amo escapó por milagro.

El causante del accidente por cierto estaba ebrio, y fue condenado a pagar todos los daños que había ocasionado. Pero ninguna cantidad de dinero podría devolverle la salud al valiente caballo de guerra. Ya era viejo y no tenía posibilidades de reponerse. Entonces, Regi pensó que un balazo en la cabeza terminaría con todos sus sufrimientos.

Después que adoptó esa determinación, me envió con Enrique a casa del herrero para que me colocaran herraduras nuevas. Ese atardecer, cuando regresamos, ya no encontramos al viejo y noble *Capitán*.

La familia estaba muy triste, y yo también sentía mucha pena. Pero teníamos que seguir trabajando, y yo debía turnarme con un compañero para estar en buenas condiciones. En consecuencia, mi amo hizo averiguaciones para comprar otro caballo, y, por fin, un conocido, que era mozo de cuadras de un señor muy adinerado, le habló de un caballo joven y de raza, que un

día se había desbocado, ocasionándole un golpe al amo, motivo por el cual lo vendían a un precio razonable.

Tres días más tarde trajeron a *Corsario*, un caballo fino, de pelo tan retinto como el mío, y tan alto como *Capitán*. Solo tenía cinco años, y yo lo recibí con mucho afecto. Estaba inquieto, pero mi amo supo tranquilizarlo, hablándole y haciéndole cariño. La verdad es que habría sido imposible que no se entendiera con Regi.

Aunque *Corsario* se sintió menoscabado al verse convertido en caballo de un coche de alquiler, no demoró mucho en admitir que estar cómodo y bien tratado era muy importante, y, para alegría de todos, se adaptó a su nueva vida.

12 El Año Nuevo

Navidad y Año Nuevo son fechas que se asocian con la alegría y la esperanza, aunque también, para algunos, significan un duro trabajo. En este caso están los conductores y caballos de coches de alquiler. Mientras la gente celebra y se divierte, estos cocheros y sus caballos esperan frente a las puertas, bajo la lluvia y la nieve. Y nadie, en el interior de las casas, piensa en el caballo con las patas entumecidas por el frío, ni en el cochero sentado en el pescante.

Para esas fiestas, yo tuve que hacer turnos todas las noches. *Corsario* no estaba lo suficientemente adiestrado, y Regi prefería que fuera habituándose al trabajo en forma gradual.

Así, en aquellas largas horas compartidas con el amo, me llamó la atención escucharlo toser en forma continuada. En la víspera de Año Nuevo tuvimos que aguardar durante una hora a unos señores, y Regi no paró de toser. Al volver a casa, se ahogaba al hablar, y Paulina pareció muy preocupada.

Algunos días más tarde, vino el gobernador Matías Corner, y propuso que yo descansara, y que él trabajaría con *Corsario*, repartiendo por mitades con Regi lo que ganara. Paulina aceptó el trato. Dijo que Regi estaba muy enfermo, y que eso ayudaría para hacer frente a la enfermedad.

Inmediatamente se llevaron a *Corsario*, y quedé solo. Me venía bien un descanso, pero me inquietaba no ver a mi amo, y enterarme, solo por los comentarios de los niños, de si emperoraba o experimentaba alguna mejoría. Afortunadamente ocurrió lo último. Reginaldo Smith logró reponerse de una seria complicación broncopulmonar, pero el médico le advirtió que debía renunciar para siempre al trabajo en el coche de alquiler, o no resistiría otro invierno.

Un atardecer en que Enrique y yo volvíamos de dar un paseo, Dora entró en la cuadra, excitada y feliz.

—¿Enrique, te acuerdas de la señora Stephens? —preguntó. Enrique hizo un gesto de asentimiento, y ella dijo—: Mi mamá le escribió contándole que mi papá se había enfermado y lo que opinaba el doctor. Y ahora recibió una carta en que la señora le hace una proposición...

—¿Qué le propone?

—Que nos vayamos a vivir a su villa en el campo. Su cochero se casa en primavera y se marcha a Escocia, y quiere que mi papá ocupe su lugar. Mi mamá está dichosa.

—¿Y qué dice mi padre?

—Aceptó. También está muy contento.

Acordaron vender los caballos, y partir donde la señora Stephens en cuanto Regi estuviera en condiciones de hacerlo.

En verdad, era lo mejor que podía haberles sucedido. Pero a mí me ahogó una tremenda pena. Desde que me llevaron lejos de Vista Hermosa, yo no había sido tan feliz como al lado de Reginaldo Smith y su familia.

El gobernador Corner compró a *Corsario*, y se encargó de buscar un comprador para mí, y antes de lo pensado llegó el día de mi partida. A mi amo no lo vi, porque todavía no le permitían abandonar su dormitorio, pero los niños y Paulina vinieron a decirme adiós. Dora no pudo retener el llanto al darme un beso de despedida, en tanto que Paulina hacía esfuerzos para no imitarla, y Enrique me acariciaba en silencio.

Después me llevaron a enfrentar lo desconocido. No podía resistirme, aunque sabía muy bien que ya no era joven, y que los años seguirían pasando.

CUARTA PARTE

1 Una señora

Mi nuevo amo resultó ser dueño de una panadería, y al principio todo marchó relativamente bien. Y habría continuado así, si no hubiera existido el capataz que sobrecargaba los carros y vivía urgiendo a todo el mundo, especialmente a Raimundo, el conductor del carro del pan.

Raimundo me ponía el “engallador”, y antes de cumplir cuatro meses en este trabajo, noté que mis fuerzas habían disminuido a la mitad. En una oportunidad, el carretón fue cargado más allá de todo límite, y tuve que caminar con enorme dificultad, deteniéndome cada cierto trecho. Esto exasperó a Raimundo, que me insultaba y me cubría de latigazos.

Entonces, de pronto, un coche se detuvo y descendió una señora.

–No azote al caballo –ordenó, sin perder la calma. Esta cuesta es muy empinada, y su carro va cargado en exceso.

–Yo obedezco órdenes, señora –explicó Raimundo, sorprendido por la intervención de la dama.

–Por lo menos, quítele el “engallador” –dijo ella.

Quizás sin saber por qué obedecía, Raimundo me quitó el “engallador”, y yo pude mover la cabeza, experimentando un alivio enorme.

–Esto es lo que necesitabas –me susurró la señora, mientras me hacía cariño en el cuello, y dirigiéndose a Raimundo, añadió con voz segura–: Ahora pruebe otra vez, y háblele con cariño.

Los animales suelen entender más que los hombres.

Raimundo obedeció, y por complacer a la señora, yo hice un tremendo esfuerzo, y arrastré el carro, empinándome por la cuesta.

–¡Es un caballo muy noble! –exclamó ella–. ¡Jamás vuelva a torturarlo con un “engallador”!

–Se reirán de mí –se quejó Raimundo–. Es lo que todos usan.

–¡Claro, lo que está de moda! –afirmó la señora con tono burlón–. La moda la siguen siempre los tontos, joven, no la gente que piensa –Caminó un momento más por la acera, me hizo un gesto de despedida y subió a su coche.

Pero el “engallador” no era el peor de los suplicios. Más horribles eran las cuadras sin luz. En la que me tenían a mí, había solo un ventanuco en un extremo, y en las pocas horas de descanso, yo quedaba prácticamente en la oscuridad. Esto debilitaba tanto mi vista, que al salir otra vez a la luz del día, sentía un ardor espantoso en los ojos, como si me los quemaran, y principié a tropezar cuando llegaba a la puerta. Había oído decir que es más seguro un caballo ciego que uno que ve a medias, porque el de vista imperfecta se pone miedoso. Me libré de ese peligro cuando volvieron a venderme.

2 Otros tiempos duros

Sería imposible no recordar a mi nuevo dueño; no podría borrar de mi memoria los ojillos pequeños y saltones, la voz estridente y la afilada nariz de gancho. Tampoco conseguiría olvidar que era tan perverso con los animales como con los seres humanos. Este individuo era dueño de muchos coches de última categoría, conducidos por cocheros y animales de igual condición. En aquel lugar, yo llegué al mismo estado de *Jengibre*, y mi único deseo era morir.

Este deseo casi se cumplió un día en la estación del Norte. Aguardábamos por si se presentaba un viaje, cuando apareció una familia compuesta por un señor obeso, su esposa, un niño y una niña de unos quince años. Tras ellos venía un mozo de la estación, con su carro de mano repleto de bultos.

La señora y el niño subieron al coche, mientras el caballero ayudaba al mozo a disponer los bultos sobre el techo y el pescante. Yo sentí que el coche se hundía.

La jovencita se aproximó a mí, observándome: –Yo creo que este caballito no puede llevarnos, papá –dijo–. Está muy flaco.

–Se equivoca, señorita. Está acostumbrado a acarrear cosas pesadas –intervino el cochero.

–¡No, es una barbaridad! –lloriqueó la niña.

–¡Basta de tonterías! –ordenó el gordo caballero, y luego de obligarla a subir, entró él en el coche, que crugió como si fuera a desintegrarse.

Yo hice acopio de mis últimas fuerzas, hasta que llegamos al sitio donde la calle continuaba en subida. Allí sentí que mi corazón latía con violencia, y que me fallaba la respiración. De golpe se doblaron mis cuatro patas, y caí de costado, inerte y pesado como un fardo. Pensé que había llegado mi hora de descansar para siempre, mientras sentía un ajeteo confuso en torno a mí, y oía voces que parecían lejanas.

–¡Pobre caballito! ¡Lo matamos! ¡Yo te lo advertí, papá!

Me aflojaron la cincha, me taparon con una manta y me echaron jarros de agua en la cabeza. Pero yo no quería despertar.

Al día siguiente lo hice, en una caballeriza, frente a mi dueño y al veterinario.

–No padece de ninguna peste, ni está enfermo de los pulmones –aseveró el veterinario–. Lo que tiene es el resultado de un trabajo y esfuerzo excesivos. Hay que mandarlo a un potrero a descansar por un buen tiempo.

–¡Yo jamás he tenido potrereros! –chilló mi dueño–. Uso a estos animales hasta que dejan de servirme, y después los vendo por lo que me den. Me es indiferente si el comprador fabrica tambores con el pellejo o convierte los huesos en botones.

–Si deja que se le pase el agotamiento y lo alimenta bien, podrá sacarle mejor precio que por los huesos y el pellejo –replicó el veterinario, molesto.

Después de reflexionar, mi dueño siguió el consejo. Estuve dos semanas en un potrero, comiendo en forma abundante y gozando de pleno descanso. Cumplido este plazo, me llevaron a un sitio de venta de “caballos de desecho”, en las afueras de Londres. Yo sentía que había recuperado mis energías en forma prodigiosa, y pensé que cualquier cambio en mi futuro, sería mejor de lo que últimamente había vivido.

3 El señor Green y su nieto Tomás

Como era de imaginarlo, en aquel sitio de ventas se reunía toda clase de caballos en el último estado de decadencia y miseria. Los había viejísimos, sin más esperanzas de alivio que la muerte; otros cojos o tuertos; algunos que tosían, como *Jengibre*, por efecto del asma o de los pulmones destruidos. Por su parte, los compradores no eran de lo más granado.

De pronto, acercándose por la calle principal de esta penosa feria, vi a un hombre que parecía campesino, acompañado de un muchachito. Ambos tenían aspecto muy agradable.

—Aquí hay un caballo que vale la pena mirar —dijo el hombre, deteniéndose delante de mí—. Fíjate en su cuello, en sus orejas, en el hocico. Si no es un auténtico pura sangre, es una mezcla. — Me dio unas palmadas afectuosas, y el chiquillo me acarició. Yo respondí acercándole el hocico.

—¡Pobre amigo! Está necesitado de cariño —afirmó el muchacho—. ¿Por qué no lo compra, abuelito, y le devuelve la juventud, igual que a *Mariposa*?

—¿Te crees, Tomás, que es muy fácil transformar caballos viejos en jóvenes? —rió el abuelo.

—Es que este no es viejo. Mire su crin y su cola, y examínele la boca para que le calcule la edad.

El campesino palpó mis piernas hinchadas, y me observó la dentadura.

—Debe tener poco más de trece años —afirmó, y le ordenó al encargado de ventas que me hiciera trotar.

Yo me esforcé por lograr un trote perfecto. Después de esa demostración, y de regatear un poco, el señor Green pagó lo que pedían por mí y se convirtió en mi dueño.

La sensación que tuve al llegar donde los Green fue algo maravilloso, que ya no esperaba volver a experimentar. La casa quedaba en un lugar campestre, y me dejaron enteramente libre,

en una pradera muy parecida a la de mi infancia. Tomás fue el encargado de cuidarme y de darme todos los días una ración extra de avena y heno.

La excelente alimentación, el descanso y especialmente el cariño, hicieron renacer mis energías, y me sentí retrocediendo en el tiempo.

A mediados de la primavera, el señor Green decidió engancharme al coche. Tomás subió al pescante y tomó el lugar del cochero. Entonces tuve la certeza de que mis piernas habían recuperado su elasticidad por completo.

—¡Efectivamente, Tomasito, se ha vuelto joven! —exclamó el señor Green, muy satisfecho.

—¡Sí, abuelito, su paso es magnífico! —asintió Tomás.

—Le encontraremos una casa donde sepan apreciarlo realmente —manifestó el abuelo—. En el verano estará en excelentes condiciones.

4 Mi último hogar

Una mañana de verano, me limpiaron con exagerado esmero, escobillaron mi piel hasta dejarla lustrosa, me peinaron la crin y la cola, y les sacaron tanto brillo a los arneses, que sospeché que un acontecimiento especial se aproximaba. Después me engancharon al pequeño tílburí, y partimos con el señor Green y su nieto.

La casa frente a la que nos detuvimos era bonita y elegante. Un sendero bordeado de césped llevaba a la puerta principal, en medio de un amplio jardín en el que crecían rosas y diferentes arbustos. El señor Green entró en esta casa, y pasado un rato volvió acompañado de dos damas. La más joven, llamada Elena, venía envuelta en un chal blanco, y era alta y delgada, con cabellos oscuros y grandes ojos negros. La otra, un tanto mayor, era la señorita Virginia, y tenía un aire majestuoso y lejano. De inmediato supe que yo le había gustado a Elena, quien hizo varias preguntas sobre mi edad y mi salud. Ambas aseguraron que su cochero era el mejor consejero que tenían con respecto a caballos y que, si él estaba de acuerdo, me comprarían.

Me llevaron a una muy buena cuadra, en la que se presentó un hombre joven, de aspecto agradable y mirada inteligente. En cuanto me vio pareció entusiasmado, pero al observar mis rodillas su expresión cambió.

—No está bien que el señor Green les traiga un caballo en estas condiciones a las señoritas — reflexionó en voz alta. Luego me miró con lástima y me acarició el cuello—: Es una pena, se parece tanto a *Azabache*, y si no fuera por este defecto... —murmuró, y su mano permaneció detenida en mi cuello, justo en el nudo que me quedó para siempre allí, desde aquella vez en que me sangraron—: ¡Es increíble! ¡No puede ser casual tanto parecido con *Azabache*! —exclamó—. ¡Tiene la misma estatura, el mismo pelo retinto, la estrella en la frente..., el lunar blanco, y... este nudo en el cuello! ¡Dios mío, es *Azabache*! ¿*Azabache*, no me reconoces? ¡Soy Carlos! ¡Carlitos, el niño estúpido que casi te mató!

Si no me lo hubiera dicho, yo no lo habría reconocido. Este Carlitos era un joven alto, bien parecido, con una voz diferente. Sin embargo, al comprobar que él no me había olvidado, sentí que me ahogaba la alegría. Acerqué mi hocico a su cara, diciéndole que yo también lo recordaba y lo quería.

—Nunca sabré quién fue el canalla que te dejó así las rodillas, mi querido *Azabache* —me dijo Carlitos—, pero te prometo que de hoy en adelante nadie te hará daño, y serás muy feliz.

Desde ese día volví a llamarme *Azabache* y llevo un año viviendo en este lugar donde efectivamente soy feliz. Tengo a Carlitos a mi lado, al señor Green y a Tomás que vienen a visitarme siempre. También me acompaña el recuerdo de mis amos buenos y de mis amigos *Jengibre* y *Alegría*. El veterinario que viene a revisarnos, aseguró que yo viviría mucho más de veinte años y las señoritas prometieron no venderme ni regalarme jamás. Pienso que será bueno llegar a viejo, ya que encontré un hogar para el resto de mis días y terminaron todos mis sufrimientos y temores. También llegó el momento de ponerle fin a mi historia.

Anna Sewell y Azabache

Anna Sewell nació en Yarmouth, Gran Bretaña, en 1820.

Perteneciente a una familia acomodada, asistía diariamente a clases particulares con la señorita Jackson, para lo cual debía cruzar una avenida muy transitada.

Una mañana de lluvia torrencial, la niña se lanza a cruzarla engeuecida por la neblina, justo en el momento en que viene un coche. Gritos, aglomeración. En medio del tumulto, su profesora reconoce a la accidentada, que es conducida a su hogar.

Tras los primeros auxilios, el padre la pone en manos de los mejores especialistas, pero el diagnóstico se repite: Anna no podrá volver a caminar. Su padre no se da por vencido: la lleva a Londres, a París, a Berlín. Los mejores cirujanos de Europa no tienen cura para la niña condenada a una silla de ruedas.

Anna crece así muy cercana a su madre, Mary, una sensible dama que escribe poemas infantiles, los que publica en un libro que tal vez recuerde esos momentos con su hija inválida: *Paseos con mamá*.

En su juventud, Anna se va interesando por un autor científico, Horacio Buchnell, cuyos *Ensayos sobre animales* la conmueven profundamente. Ella recorre la naturaleza vecina en su coche, tirado por su fiel caballo *Azabache*. Así nace la idea de escribir su propia historia de animales, que tomará la forma de una biografía en el libro *Azabache*.

Mediante este recurso narrativo muy simple, la autora mezcla la vida del caballo con observaciones que ella ha ido haciendo de la conducta humana con los animales, en una preocupación que hoy llamaríamos ecológica.

Azabache habla de la granja en que nació, de su domadura, de sus distintos amos, unos amables y otros crueles o imprudentes. Uno pagará con su propia vida su falta de tino. A través de *Azabache*, la autora hace numerosas

observaciones, generalmente críticas, sobre la sociedad en que vive, sus costumbres, entretenciones, vicios, y hasta prácticas políticas nos llegan en los diálogos que *Azabache* escucha de sus amos.

Anna Sewell ha ido trabajando lentamente en la biografía de *Azabache*. Se ha convertido en una dama madura, tiene cincuenta y siete años cuando pone punto final. La novela está lista. Se publica y tiene un éxito inmediato. Anna Sewell, inválida, que se desplaza gracias a un caballo de tiro, recorrerá pronto el mundo, en las tapas de su libro. Pero el destino no le permitirá disfrutar de su fama pues murió pocos meses después de la publicación, en 1878.